TEATRO POPULAR

REVISTA TEATRAL

AÑO II

Nº 46



"LA VIRGEN LOCA"

DRAMA EN CUATRO ACTOS, ORIGINAL DE HENRY BATAILLE

INTERIOR 0.25

Editores: MORO & TELLO—Corrientes 1307, Bs. Aires

TEATRO POPULAR

REVISTA TEATRAL

APARECE TODOS LOS MARTES

Precio del ejemplar: Capital 0.20 — Interior 0.25

OBRAS PUBLICADAS

Nº 1. **La cabra tira al monte**, Julio F. Escobar; Nº 2. **Colorado y negro**, L. Rodríguez Acasuso; Nº 3. **La fea de la casa**; Julio F. Escobar; Nº 4. **El hombre que pudo matar**, Folco Testena; Nº 5. **Florencio Sánchez y su obra**, V. Martínez Cuitiño; Nº 6. **Mundial Pantomim**, A. Moock; Nº 7. **¡Qué Pichincha!**, Julio F. Escobar; Nº 8. **La huelga**, Dr. Gonzalo Bosch; Nº 9. **El hombre que sonríe**, Julio F. Escobar; Nº 10. **Muñecas de lujo**, L. Pita Martínez; Nº 11. **El ñato Padilla**, L. Rodríguez Acasuso; Nº 12. **Cuando muere el día**, B. Roldán; Nº 13 **La santa madre**, J. González Castillo y V. Martínez Cuitiño; Nº 14. **La vida es sueño**, D. P. Calderón de la Barca; Nº 15. **Rayito de sol**, V. Martínez Cuitiño; Nº 16. **Los averiados**, H. Brieux; Nº 17. **La víbora de la cruz y ¡Amurado!**, Julio F. Escobar; Nº 18. **Frío**, Eduardo Zamacois; Nº 19. **El Arlequín**, Otto Miguel Cione; Nº 20. **El dolor del bárbaro**, Carlos Schaefer Gallo; Nº 21. **Bajo el yugo de un tirano**, Julio F. Escobar; Nº 22. **Mi prima está loca**, F. E. Collazo y T. Insausti; Nº 23. **Las hijas del capitán**, L. Rodríguez Acasuso; Nº 24. **La [illegible] de oro**, Belisario Roldán; Nº 25. **La humilde quimera**, V. Martínez Cuitiño; Nº 26. **El dilema del Doctor**, Bernard Shaw; Nº 27. **La propia obra**, César Iglesias Paz; Nº 28. **La canción de la camisa**, Pedro E. Pico; Nº 29. **El alcalde de Zalamea**, D. P. Calderón de la Barca; Nº 30. **Delikatessen Haus**, A. T. Weisbach y S. Linnig; Nº 31. **Isabel Sandoval — Modas y Cuando venga el amor**. Armando Moock; Nº32. **Teléfono para tumbas**, traducción de Julio F. Escobar; Nº 33. **El derecho de matar (adapt.)**, Julio C. Traversa; Nº 34. **La señora Caburesa**, Roberto L. Cayol; Nº 35. **Anita Balbi**, Folco Testena; Nº 36. **El pobre hombre**, J. González Castillo. Nº 37. **La Bandera Roja**. Eugenio Troisi y César I. [illegible]lazza. N.º 38. **La Serpiente**. Armando Moock. N.º 39. **Montmartre**, Versión de J. F. Escobar. Nº. 40, **Israel**, Versión de Jorge D[illegible]. Nº. 41. **El sobrino de Malbrán**, José León Pagano. Nº 42. **El héroe y el soldado**, G. B. Shaw. N.º 43. **El corazón y el dinero**, Julio F. Escobar. N.º 44. **Así terminó la fiesta....** J. López Silva y C. M. Pacheco. N.º 45, **La Despedida**, Alejandro Marcó.

EDITORES: MORO & TELLO

Corrientes 1307, Buenos Aires

TEATRO POPULAR

REVISTA TEATRAL

Año II	Martes 21 de Septiembre de 1920	N.º 46

"LA VIRGEN LOCA"

Drama en cuatro actos, original en francés de

HENRY BATAILLE

Traducción de:

JAVIER A. PARDO y BAUTISTA ARCAUTE



Editores

MORO & TELLO — Corrientes 1307

BUENOS AIRES

1920

PERSONAJES:

Fanny Armaury ....

Diana de Charance ....

Duquesa de Charance ....

Ketty ....

Sirvienta ....

Marcelo Armaury ....

Duque de Charance ....

Abate Roux ....

Gastón de Charance ....

Secretario de Armaury ....

Secretario de Charance ....

Fabián (portero de Armaury) ....

Sirvientes y mozos de hotel ....

"LA VIRGEN LOCA"

PRIMER ACTO

La escena representa un salón del hotel del duque de Charance. Muebles Luis XIV. Al fondo, gran puerta que comunica con la galería. A la derecha, chimenea y sillones. A la izquierda, puertas de comunicación con habitaciones.

Al levantarse el telón, un secretario del duque está ocupado en arreglar correspondencia recibida, cortando páginas de los periódicos. Entra un ayuda de cámara.

ESCENA I

EL SECRETARIO y luego el abate ROUX

EL SECRETARIO.—**(Al ayuda de cámara que le presenta una tarjeta y le pregunta si se puede recibir)** Haga pasar. **(Después de algunos segundos el abate Roux es introducido)** Buenos días Señor abate. ¿No me reconoce Vd.? Soy el secretario del duque.

EL ABATE.—¡Ah! muy bien... En efecto...

EL SECRETARIO.—¿Desea Vd. hablar al señor duque? **(dirigiéndose al criado)**. Avise que está aquí el señor abate.

EL ABATE.—!Vengo muy intranquilo! Figúrese que el señor de Charance me dirige un telegrama llamándome urgentemente... No sé... parece que se tratara de alguna desgracia...

EL SECRETARIO.—Que yo sepa... Hace un rato estuve con el señor duque y me dió el trabajo de costumbre. Ahora voy a entregarle el correo de la tarde.

EL ABATE.—¿La salud de la señora duquesa?

EL SECRETARIO.—Excelente.

EL ABATE.—Me tranquiliza Vd.... pero a medias; nada más que amedias. Con ese telegrama... Vd. sabe que participo de todo cuanto pueda ocurrir a esta familia.

EL SECRETARIO.—Siendo Vd. preceptor del señor Gaston...

EL ABATE.—Antes. Hoy, en mi calidad de camarero de Su Santidad y de limosnero, me han alejado de las antiguas ocupaciones. Recién preparábame a decir un sermón en la iglesia de Reully, cuando llegó el telegrama y me hizo dejarlo todo para venir inmediatamente.

EL SECRETARIO.—El señor duque. Los dejo. **(Entra el duque de Charance)**.

ESCENA II

El abate ROUX y el duque de CHARANCE)

EL DUQUE.—Sí; déjenos Guerard. Está Vd. libre hasta mañana a las 2. **(Indicando a la mesa)**. Ya revisaré todo eso. Diga Vd. que nadie entre a la galería. **(El secretario se va)**.

EL ABATE.—Me acaba de tranquilizar su secretario, porque realmente, alarma un telegrama como el de hoy. He pensado si se trataría de algún accidente, de alguna circunstancia enojosa...

DUQUE.—No se equivoca mucho, señor abate. ¡Trátase nada menos que de una muerte! Sí; de una muerte moral; de la muerte más espantosa. ¡Encuentra Vd. de duelo la casa del duque de Charance, señor abate Roux!

EL ABATE.—¿Qué pasa? ¡Dios mío...! Me asusta Vd.

DUQUE.—Una pregunta; ¿no ha observado Vd. nada en sus comunicaciones con mi hija? ¿Nada anormal?

ABATE.—Absolutamente nada. ¡Oh! Se lo confesaría a Vd. sin reproche alguno. No veo más que de tarde en tarde a la señorita Diana. He dirijido mucho a esta criatura hasta su primera comunión, pero después... como se ha abstenido algo de los deberes religiosos... No quisiera reprochar a la señora duquesa, pero las jóvenes de nuestros días... ¡hum!

Ha ido a Reully, señor, y en la Pascua la he confesado como de costumbre.

DUQUE.—Tranquilícese Vd. No voy a pedirle que viole los secretos del confesonario por más que se trate de mi hija.

ABATE.—Aunque me lo pidiera, señor duque, sería imposible, pero en caso de haber algo grave entre esos secretos, podría Vd. advertir reservas. Y no creo que haya reserva ahora. Ya lo ve Vd. le declaro francamente que la señorita Diana no ha llevado al cofesonario otra cosa que pecadillos como los de todas las niñas de su edad.

DUQUE.—Es de sentir. Eso me la muestra irreligiosa y la situación se presenta mucho más horrible. ¡Qué desgracia señor abate!

ABATE.—Desearía, pero no me atrevo a más suposiciones..

DUQUE.—Señor abate: mi hija ha sido deshonrada. ¡Irremisiblemente deshonrada!

ABATE.—¡Oh! ¿Qué dice Vd.? ¿Es imposible, señor duque...!—

DUQUE.—Deshonrada por un miserable a quien no nombraré ¿De que serviría? Alguien de nuestra antigua relación; un hombre serio, todo lo que hay de más serio y hasta... es lo peor de todo: ¡casado! ¿Ha oído V.? ¡Casado!

ABATE.—¡¡Oh!!

DUQUE.—Un hombre de 40 años, señor. Pero le aseguro a Vd. que no ha concluído conmigo! Si lo tuviese aquí, al alcance de mi brazo...

ABATE.—Conténgase Vd. señor duque. ¡Calma! ¡calma! Lo importante ahora es que permanezca Ud. dueño de sí mismo. nada de violencia sobre todo nada de violencia! ¿Qué sucedería! Piense Vd.... ¿Acaso está Vd. seguro de que no hay exajeraciones?

DUQUE.—Ya no hay duda. ¡Ya no me queda ni la mas remota esperanza! Si Vd. viera las cartas, esas inmundas revelaciones.. ¡Oh! Que horror de correspondencia! La falta complacida de mi hija; su consentimiento tan lleno de satisfacción...! Pero, con todo, ella no tiene la culpa. Seducir a una niña de diez y ocho años, no es difícil, pero que un hombre de cuarenta llegue a una cobardía así...! ¡Ah! Cómo el no tiene hijos...

ABATE.—¿Y él sospecha de que está Vd. enterado?

DUQUE.—Todavía no. Fué anoche que nos enteramos de todo, por casualidad: revisando el abrigo de mi hija encontramos un bolsillo que le servía de buzón y depósito de correspondencia. Había allí un billete, recién colocado, dándole cita. El estuvo a visitarnos. Era de nuestra intimidad.

ABATE.——¿Pero, señor duque, está Vd. absolutamente seguro de que la falta de su hija sea completa? Tal vez...

DUQUE.—Bastaría para dar seguridades el cinismo que encierra esa correspondencia pero hay algo más, señor abate: Diana lo ha confesado todo a mi esposa.

ABATE.—¿Entonces la pobre señora de Charance conoce toda la situación? ¿No ha podido Vd. ocultarle nada?

DUQUE.—Mi hijo Gaston es el único que ignora la falta.

ABATE.—¿El señor Gaston se encuentra en París?

DUQUE.—Sí; en el Colegio Militar están ya de vacaciones, pero es preciso que ni siquiera, sospeche: lo conozco y sé de lo que sería capaz.

ABATE.—Tiene Vd. mucha razón: conviene que el señor Gaston no sepa. ¿Me iré sin ver a la señora de Charance?

DUQUE.—Ya va a venir. Me he adelantado para evitarle estas atroces explicaciones. Tenemos necesidad de su ayuda, señor abate, y por eso lo hemos llamado. Es Vd. la primera persona a quien confiamos nuestras penas.

ABATE.—¡La señora debe estar afligidísima!

DUQUE.—Ahí está... muy triste; tan abatida como yo la pobre Gabriela. Es justo, pero desaría verla más fuerte, más enérgica y, sobre todo, quisiera que, cuando está frente a Diana, se mostrara severa e inflexible. Entonces hace falta, en la madre, una firmeza en relación a la falta de la hija. Veo que ella la busca y hasta se reviste de esa firmeza pero ¿qué quiere? una palabra de la niña acaba con todo.

ABATE.—Comprendo, comprendo; procederé con tino.

DUQUE.—Cuento con usted, ¿no es verdad? Si hay tiempo para hacerlo, es preciso salvar esa criatura. No sé que voy a hacer... no sé... ¡Quiero venganza: cruel venganza del crimen que es el más espantoso de los crímenes!

ABATE.—No; no llegará usted a esos extremos. Le suplico. Hágalo por el porvenir de Diana. El silencio, señor. ¡El silencio, sobre todo!

DUQUE.—Naturalmente; estoy maniatado y nada puedo contra ese inmundo! ¡Debo dejarlo marchar y basta considerarme dichoso mientras

no vea algún bastardo entre estas manos que debieran ir a destrozarle la garganta!

ABATE.—¡Señor duque!...

DUQUE.—¿Y qué sabemos? En el mundo donde él vive, esto puede resultar hasta un negocio, pero en la aristocracia y en una época que no ofrece más que el **saber vivir** para oponerse al **savoir faire,** las cosas cambian de aspecto. Entre nosotros ¿cómo levantar a la joven que cae si la severidad con que se juzga hace, de la falta de ella, falta de toda una familia? ¿Qué va a ser de esa infeliz? ¿Cómo casarla? ¡Hermoso porvenir le espera!

ABATE.—¡No! No hay que exagerar las consecuencias.

DUQUE.—Bien; entonces la soltería perpetua o el matrimonio por dinero. ¡Mi Diana! ¡Oh! Bastante se lo había predicho a mi mujer. He aquí lo que resulta de que uno reciba a cualquiera en su casa. Y él se echará a reir. ¡Es claro! ¡Está en su especialidad, desde que tantos asuntos de esta índole ha defendido con éxito! ¡Si pidiera su propia absolución la tendría y hasta se haría aplaudir!

ABATE.—¿Cómo?... ¿Ha defendido?... ¿Qué quiere usted decir con eso?

DUQUE.—He hablado demás. Pero no importa; sólo a usted, señor Abate, diré el nombre de ese individuo.

ABATE.—Consideraré esto como secreto de confesión.

DUQUE.—No se trata de un pillete cualquiera, cuya responsabilidad se ampare en el atenuante de las farras o del alcohol. Mi hija tiene la honra de haber sido amante de un hombre eminentísimo, consciente de sus actos, abnegado por las causas justas, paladín titulado, de honor, hombre de gran talento que es elocuencia de la tribuna como usted del púlpito... cuarenta años, oficial del Consejo del Orden... ¡Le digo que es admirable! ¡El pillo! ¡Armaury!

ABATE.—¿Cómo? Armaury... el abogado...

DUQUE.—Sí; eso es; de Assises... El San Francisco de Assis como le llaman en el Palacio de Justicia. Era mi abogado. Vea usted como he sido feliz en la elección Le confié hace años el pleito de una herencia (usted conoce los bienes de Evequement) y después continuaron las relaciones. Su mujer es agradable, él tiene fama de conversar bien y tanto en las comidas como en el salón de fumar era el astro. Los abogados y los cirujanos de hoy dan la nota en las comidas. Mi mujer se encariñó con ellos y los invitó a nuestro castillo. El verano pasado, en Dinard, alquilamos dos propiedades juntas; auto, tennis, yacht... ¡Ahí tiene usted los resultados! Estábamos en la creencia de que flirteaba a la señora de Bellines y tuvimos confianza. Entonces se acercó a mi hija, como un buen conocedor, encontró maduro el fruto y poco a poco lo sacó de la planta.

ABATE.—Señor duque; todo esto es horrible. ¡Cómo la compadezco! Se trata de un viejo vicioso... **(Buscando mentalmente en su vocabulario)**. Uno de esos aficionados al fruto verde, que no saben resistir...

DUQUE.—No, señor Abate. Tenemos que vérnosla con un envenenador refinado de esos que, para tener derecho a la cabeza de la víctima, anulan todo su ser.

ABATE.—Sí; un hombre modernísimo. Tiene talento; conozco al adversario. El señor Armaury pleiteó contra las congregaciones en tiempos de la expulsión y no es la primera vez que lo encuentro en mi camino.

DUQUE.—Este es uno de esos cínicos que no tienen excusa y cuyas palabras y escritos no hacen más que mostrárnoslos entre el estiércol. Si tienen talento, peor, mucho peor, porque el encanto se mezcla con la podredumbre!!

ESCENA III

LOS MISMOS y LA DUQUESA

DUQUESA.—**(Entrando, disgustada profundamente pero bien vestida).** ¡Señor Abate!... ¡Ah! ¡Dios mío! ¿Qué le parece a usted? **(Se dirige hacia el abate llorando amargamente. El abate le estrecha la mano).**

ABATE.—¡Estoy confundido, aterrado, señora! Acaba de enterarme el señor duque y no vuelvo de mi asombro. ¡Es horrible! Una criatura que había hecho su primera comunión tan bien...

DUQUESA.—¿Y nosotros cómo íbamos a suponer una cosa así? Dígame, señor abate: ¿no tenía usted sospecha sobre la conducta de Diana? Ni usted ni nadie ¿verdad?

ABATE.—Permítame observarle, señora, que aún cuando he conservado cierto ascendiente sobre su hermano, con ella no ha ocurrido lo mismo. No me la llevaba usted con regularidad... y así... ¿qué quiere usted? No he visto en ella esperanzas religiosas.

DUQUESA.—Sí; lo sé perfectamente y es por culpa mía. Ya se lo he dicho a Amadeo. Ha sido un error darle tanta libertad y presentarla tan joven al mundo. Soy una gran culpable.

ABATE.—Es usted una gran mundana, que no es lo mismo, señora duquesa.

DUQUE.—No la has educado con método; eso es todo.

DUQUESA.—No están equivocados ni el uno ni el otro. Yo misma he descuidado mis deberes religiosos. Hubiera tenido que predicar con el ejemplo, pero es tan complicada la vida social... visitas, recepciones, soirees, teatros... Nos han solicitado y festejado mucho; ella es de naturaleza alegre. **(Con un suspiro profundo y natural)**. ¡Y es tan agradable ser alegre!

ABATE.—**(Mirando al duque)**. Evidentemente, debe ser alguna cosa así.

DUQUESA.—Una siempre cree que sus hijas se le parecen y como, en mis tiempos, las jóvenes...

DUQUE.—Has educado perfectamente a tu hijo, pero cuando se trata de una niña hay más dificultades y la tarea es más peligrosa. -¡Ah! Señor abate, el grito del paisano. "No tengo hijos; solo tengo niñas".

ABATE.—Sí. Y luego se dice: "Ya no hay hijos, pero muchos padres todavía". No es por usted, señora duquesa.

DUQUESA.—¡Oh! Todo lo que me digan es poco. Bien comprendo que debí ser más severa, pero le juro que jamás sospeché; todo ha sido hecho a la sordina y con una habilidad extraordinaria! Estaba muy libre, no lo niego; flirteaba, es verdad, pero como todas las jóvenes. Figúrese: él, un hombre casado; ella, una criatura, una chica... ¿cómo iba a imaginar?...

ABATE.—¡Hum! Usted debió pensar que tiene diez y ocho años!

DUQUESA.—¡Diez y ocho años! Uno no los ve hasta que pasan los veinte. Las madres mandamos hacer el primer vestido largo y somos las únicas que no comprendemos lo que eso significa.

DUQUE.—Y haber visto las asiduidades de Armaury en Dinard, aquí, en todas partes; estaba pegado a vuestras faldas con y sin su mujer... **(Levantando los brazos)**. ¡Su mujer! ¡También es buena pieza!

DUQUESA.—Amigo mío, no tiene usted idea de la habilidad que despliega un hombre cuando quiere seducir.

DUQUE.—**(Resuelto)**. En fin, es preciso solucionar este asunto de una vez. Lo hemos hecho llamar para que nos aconseje. A cualquier precio es necesario salvar a mi hija de las garras de ese hombre. Es forzoso alejarla de aquí lo más pronto posible para que no lo vea; no hay otro remedio a nuestra disposición. ¿Castigarlo? No es posible, desde que la seducción en casos como este no está penada. Señor Abate; ¿puedo mandar a mi hija al extranjero con seguridad de que será vigilada inteligentemente? Haré lo que usted me diga.

ABATE.—El caso es grave y creo que lo que se necesita es una reforma total. Para impedir que caiga al abismo es preciso guiarla con tal rectitud que, a usted, señora, en el tren que lleva, no se le puede exigir.

DUQUE.—Entonces, ¿qué quiere usted que hagamos?

ABATE.—Tenerla en un convento, dos años, hasta su mayoría de edad más o menos.... ¡Oh! pero no les hablo de un convento mundano como son, en París, La Asunción, El Sagrado Corazón de Jesús, o el de esas damas de la calle de Lubecq donde ustedes la tuvieron unos cuantos meses; no; lo que se necesita es una casa de retiro donde sea vigilada y donde la influencia de alguna mujer superior la ponga en el camino recto que debe seguir, desarrollando un espíritu cuyas fuerzas son todavía embrionarias.

DUQUESA.—¡Por Dios, señor Abate! Usted se refiere a algo así como una casa de corrección!

ABATE.—Un convento en Bélgica creo que sería lo mejor. Ahí tiene usted el de Lodelinsart a cuya superiora, mujer de gran mérito, conozco mucho; estaría allí entre personas acostumbradas... algo así como cazadoras de almas. En fin, no puedo decirles ahora si hay algo mejor, pero, si ustedes quieren, pido informes inmediatamente a la autoridad episcopal y les contesto dentro de dos horas, porque no hay tiempo que perder. Es preciso sacudir el espíritu de esa niña, procediendo en tal forma que comprenda la gravedad de su falta. A usted, señora duquesa, le recomiendo que no oculte ante ella su indignación.

DUQUE.—Debemos recluirla donde la soledad haga que vuelva de su extravío y donde muera hasta el recuerdo de ese hombre. Tiene razón el señor Abate. No podríamos haber encontrado mejor guía ni más sabios consejos.

ABATE.—Guardián abnegado; nada más. Si usted me confía la guardia moral de la chica, tengo la convicción de que podré modificarla, haciéndola digna de su nombre y de sus padres antes de que se le encuentre un esposo...

DUQUE.—¡Oh! No hablemos más de eso.

ABATE.—Bien... Voy inmediatamente en busca de informes. Como he interrumpido un ejercicio en Reully, pasaré por allí, pero pronto estaré de vuelta. Ahora no quiero ver a la señorita Diana, porque sólo la autoridad de ustedes debe influir en ella por el momento. Telegrafiaré a la superiora de Lodelinsart... ¡Oh! con palabras veladas; estén ustedes tranquilos.

DUQUE.—Vaya, señor Abate, pero no dé nuestro nombre; es todo lo que le recomiendo.

ABATE.—Entendido. Vamos, señora duquesa. ¡Ahora, valor!

DUQUESA.—Usted no se da cuenta exacta de lo grande que ha sido este golpe para mí.

ABATE.—¿Cree usted que no lo adivino? Siendo partícipe de todo cuanto ocurre a ustedes tanto en la dicha como en la desgracia... **(El duque le hace una señal de inteligencia que el abate comprende y recobra su entonación enérgica).** Pero no me cansaré de recomendarle; procure, sobre todo, que Diana no le crea débil. ¡Firmeza, señora, mucha firmeza!

DUQUE.—¡Eso! ¡Eso!

DUQUESA.—No deseo otra cosa... ¿Pero qué entienden por no mostrarse débil?

ABATE.—Atáquela usted inmediatamente en su coquetería y en ese amor propio que le es característico y que talvez sea causa de lo que acaba de ocurrir. Haga como he visto en el colegio; no hay castigo más eficaz. Naturalmente, sentiría humillación viéndose a la altura de una pequeñuela insubordinada, pero esto será provechoso.

DUQUESA.—¿Qué es?

ABATE.—Se trata de suprimir todo el arsenal desu coquetería; todo ese lujo desproporcionado de mujer; todo lo que ha contribuído a su perdición. Reemplácele la manicura por el devocionario y córtele el cabello a la altura de los hombros Será una gran humillación pero constituye un procedimiento que he visto usar con eficacia

DUQUESA.—¿Cómo,señor abate?... ¿Cómo cree usted?... Esos cabellos, esos hermosos cabellos que son su orgullo... ¡Oh! ¡Me horrorizo sólo al pensar en desfigurarla así!

ABATE.—¡Vaya, vaya, señora! ¿Qué quiere usted?... ¡Es preciso! **(Le toma la mano).** Hasta luego. Me voy conmovidísimo y no puedo menos de recordar las palabras del Evangelio: "No escandalicéis los niños". ¡Crímen más execrable! **¡Ah! ¡la pobre criatura!**

DUQUESA.—Hasta luego, señor abate; no contamos más que con usted. **(El abate hace mutis).**

ESCENA IV

El duque, la duquesa, luego la doncella KETTY.

DUQUE.—Tiene razón. No creo que haya una medida más acertada que la de llevarla a ese convento y esperar a que se regenere allí... porque, al fin y al cabo, todavía hay posibilidad... siempre que no haya tenido confidentes. Podremos luego iniciar una educación sólida... Llama a la doncella.

DUQUESA.—¿Para qué?

DUQUE.—Hazme el servicio. **(La duquesa toca el timbre).** ¿Continúa encerrada en su habitación?

DUQUESA.—Sí, como ayer se hizo con el almuerzo, le han llevado la cena hace un rato. Yo habré estado unos cinco minutos...

DUQUE.—¿Y siempre la misma actitud, el mismo mutismo?

DUQUESA.—Como siempre... "Sí, mamá"... "no, mamá"...

DUQUE.—Me encargo de hacerla hablar. **(A la doncella que entra).** Diga usted a la señorita Diana que baje.

DUQUESA.—Dígale que su papá espera; que baje como esté. **(Ketty sale).** ¿Vas a darle cuenta de lo que pensamos hacer?

DUQUE.—No; todavía no. Tenemos que aclarar primero algunos puntos de historia.

DUQUESA.—¡Oh! No conseguirás nada más que yo, Amadeo.

DUQUE.—Quizás pueda imponerme. ¿Crees que se rebelará?

DUQUESA.—No lo creo.

DUQUE.—¿Has observado en ella algo de arrepentimiento? ¿Comprende lo que significa su falta?

DUQUESA.—¡Oh! Creo que sí... por lo menos su mutismo hace suponerla avergonzada... ¿O será temor de que castigues a Armaury?

DUQUE.—De cualquier modo, esta situación es insostenible y el silencio agrava la falta ante nuestros ojos. ¡Oh! Nada bueno puedo esperar de ella, pero es preciso hacer algo... todavía podemos reunir y ordenar nuestras fuerzas ¿qué se yo? Todo esto va a precipitarse. ¿Para qué hora has citado a la señora de Armury?

DUQUESA.—Para las cuatro en punto.

DUQUE.—Son las tres; hay tiempo de sobra.

ESCENA V

EL DUQUE, LA DUQUESA, DIANA

(Diana aparece).

DUQUE.—Entra... Te advierto que no soportaré ni un minuto más tu actitud. Voy a pedirte algunos informes de que me hace carecer tu obstinado silencio y que debes suministrarme enseguida. Tranquilízate; ya no perderemos tiempo en recriminaciones. Vas a contestarme dos o tres preguntas; nada más. Tengo absoluta necesidad de saber si alguien está enterado... si hay algún confidente... ¡Dímelo!

DIANA.—No; nadie.

DUQUE.—¿Ni la señora de Bellines?

DIANA.—Nó.

DUQUE.—Hay una fecha que debes recordar: la de tu falta. A ver, contéstame enseguida, ¿cuándo fué? ¿Dónde fué?

DIANA.—En Dinard.

DUQUE.—¡En Dinard! ¿Y en qué momento? ¿A nuestra llegada?

DIANA.—**Después de titubear)**. ¿Y eso qué importa?

DUQUE.—Te ruego que no me faltes al respeto. ¿Dónde se encontraban entonces? ¿En su casa? ¿En la nuestra?

DIANA.—Sí; en su casa.

DUQUE.—¿De noche o de dia?

DIANA.—Una noche.

DUQUE.—¡Qué bonito! ¿Y fué a nuestra llegada?

DIANA.—No; el 2 o el 3 de Septiembre. Tenía usted que salir a las 5 dela mañana con Gaston y los otros...

DUQUE.—¿De modo que tuviste el atrevimiento de levantarte esa noche?

DIANA.—¡No quiero hablar! ¡Déjeme, déjeme! **(Sentada apoya los codos en la mesa y luego deja caer la cabeza entre las manos)**.

DUQUE.—Una noche... Tu has dicho "una noche". ¿Qué significa? ¿Es, acaso, que no has renovado esa vergüenza?

DIANA.—Sí, eso es.

DUQUE.—¡Mientes! ¡Mientes! Estos papeles están fechados. Mira, mira bien, si es que te atreves delante de nosotros. No hay duda. Esta carta ha sido escrita hace dos meses... en París... ¿Ves que has mentido? ¿Y esto? Mira: ¡es el bouquet! ¡Toma, toma, esa infame inmundicia! ¡Ah! ¡Que bien guardabas tu preciosa correspondencia; cómo la conservabas!... ¡Qué lindas cartitas! ¿Verdad? Ya me imagino como serán las escritas por tí. Mira: aquí se refiere a una en que le pedías detalles amorosos! ¡No eres más que una podredumbre... una mujerzuela! ¡Nunca serás más que una mujerzuela... ¡Qué porquería! ¡Hasta se complace en describir tu cuerpo! ¡Toma! **(Le acerca una carta a los ojos)**. Esta, esta frase: "Tengo siempre en el oído y **en la boca** tus suspiros de pajarito"... Que uno tenga que leer semejantes cosas... ¿Y esto que no he comprendido? ¿A qué inmundicia se refiere?

DIANA.—**(Rechazando el papel)**. ¡Yo no sé, no me acuerdo!

DUQUE.—¿No te acuerdas, ya no te acuerdas? **(Levanta la mano en actitud amenazadora)**.

DUQUESA.—**(Precipitándose)**. ¡No, Amadeo! ¡Te lo suplico!...

DUQUE.—No vas a tener la audacia de decirme que no se han vuelto a encontrar. Díme, ¿dónde se veían? ¿Aquí talvez? ¿Por qué no? Eres muy capaz, en tu atrevimiento, de haberlo hecho venir de noche y de haber bajado a abrirle la puerta de calle. ¡A ver, responde! Deja las uñas en paz, te lo suplico; observa más compostura delante de tu padre, que sino...

DUQUESA.—**(Interviene cariñosamente)**. Diana, hazme el favor, no guardes ese silencio que sólo sirve para agravar la falta. **(Diana hace un gesto de resignación)**.

DIANA.—Bueno, si quieren que cuente... al fin y al cabo me es igual. ¿Qué quieren ustedes saber? Vamos... daré todos los detalles. Pueden empezar las preguntas.

DUQUESA.—**(Procurando ayudarla)**. Sí, hija mía, responde.

DIANA.—Es en Dinard que me habló. Dijo que me quería hacía más de un año y que no podía vivir sin mí.

DUQUE.—¿Y qué contestaste?

DIANA.—Nada.

DUQUE.—Esa vez. ¿Y las otras?

DIANA.—Tampoco contesté.
DUQUE.—Admitamos que así sea, pero al fin... ¿Qué hiciste?
DIANA.—Lloré.
DUQUE.—En verdad, es mucha inocencia. ¡Si no hubieras pasado de las lágrimas!... Dime cómo fuiste a su casa. Me parece una historia inverosímil. ¿Cómo elegiste un día en que nos íbamos a levantar a las 5 de la mañana teniendo comunicación tu cuarto con el de Gastón?
DIANA.—Sin embargo, es así. Desde hacía tres semanas estaba suplicándome que fuera y yo no quería; aplazaba siempre. Entonces se puso a llorar... me dijo que era muy desgraciado... Creí que iba a marcharse y accedí, eligiendo ese dia porque pensé que estaría de vuelta después **(baja la voz)** de las 5 de la mañana y que a esa hora ya se habrían ido ustedes y el guardián.
DUQUE.—¿Y te atreviste a levantarte de noche y a salir?
DIANA.—Estaba convenido que iba a esperarme en el fondo del jardín. Llovía a torrentes. Bajé descalza, crucé el jardín precipitadamente... **(Se detiene con angustia)**.
DUQUE.—**(Imperativo)**. ¡Continúa, continúa!
DIANA.—**(Después de una larga respiración)**. Cuando llegué al extremo del jardín, me envolvió en una manta, me alzó y así cruzamos todo el pueblo. Los perros ladraban por todas partes... **(Silencio. Permanece con los ojos bajos y continúa)** A las cinco volví sola. De lejos sentí los primeros disparos que hacían ustedes. Subí, mamá dormía, me acosté... y me quedé dormida.
DUQUE.—¿Y dices que esto no se ha repetido?
DIANA.—No.
DUQUE.—Allá no, ¿pero en París? ¡Acaba!
DIANA.—**(Después de turbarse)**. Sí. **(El duque tiene un movimiento de impaciencia y tiende los brazos hacia su hija que se levanta asustada)**. ¡Me han pedido que hable y hablo!
DUQUESA.—**(En voz baja a su marido)**. ¡Basta, Amadeo! Ya sabemos todo lo que necesitábamos saber.
DUQUE.—Sí. Ahora tengo que decirle cosas de otro género, pero antes, para cerrar el capítulo de los recuerdos, trae la acuarela que te hizo. y que está adornando la chimenea todavía. Vamos a hacerla pedazos. Tenemos demasiado recuerdos.
DIANA.—Voy.
DUQUE.—**(Deteniéndola)**. No hay apuro... un instante. Quiero hacerte saber lo que hemos decidido tu mamá y yo.

(La puerta se abre Entra Gastón de Charance).

ESCENA VI

LOS MISMOS y GASTON DE CHARANCE

GASTON.—Buenos días... **(Nadie contesta)**. ¿Qué pasa? Parece que estuvieran asustados esperando algo sobrenatural!... Hoy me dijeron que estabas enferma, Diana, ¿qué has tenido?
DUQUESA.—Nada, dolor de cabeza...
GASTON.—¡Pobre alhajita! Te noto mal semblante... **(Los mira y nota su turbación)**. ¡Oh! Pero algo más ocurre... Tanta gravedad... Perdonen; ¿sería acaso un buen partido?...
DUQUE.—Estamos contrariados, sencillamente, por la salud de tu hermana.
GASTON.—Papá: usted sabe que mañana presido el banquete de la juventud realista. Me han encargado que lo invite a asistir o a que, por lo menos, vaya a fumar un cigarro después de la comida. Se lo agradecerán mucho.
DUQUE.—Ya veré.
GASTON.—Tiene su motivo este banquete: se trata de una fusión...
DUQUE.—**(Timbre)**. Me parece que han llamado. **(Se dirige a la puerta del fondo y la entreabre mientras los otros conversan)**.
GASTON.—¿Entonces sufres deveras?
DIANA.—Un poco.
GASTON.—Procura estar repuesta para el domingo porque ya sabes que te han designado para conducir el mail coach hasta Chantilly. Ahí los tienes a D' Artigny y D' Aptincourt, tus dos pretendientes... ¡Qué desilusión sufrirían los pobres! Dígame mamá: tiene muy ocupados estos días? Cena con los D' Elleirlle mañana, ¿verdad?
DUQUESA.—No sé si iremos.
GASTON.—Pasado mañana hay una matinée en lo de Bellines. ¿La llevará usted al Círculo Francés por la noche? No creo que para ella sea conveniente esta reunión; no le aconsejo...
DUQUE.—Difícilmente podrá reponerse para entonces.
DUQUE.—**(Hablando al criado)**. ¿Quién es? **(El criado habla en voz**

baja). Haga pasar al pequeño salón. **(Vuelve apurado)**. Déjame solo con tu madre; tenemos que recibir una visita... **(A Diana)**. Tu, sube al dormitorio. **(Cambiando de tono)**. Vamos... como estás delicada, quiero decir que te conviene descansar. **(Llama aparte a la duquesa)**. Es ella.

DUQUESA.—¿Ya? **(Alto)**. Vayan hijos míos. Tu, Gastón, deja a tu hermana que vaya a descansar.

GASTON.—No tengo la menor intención de fastidiarla y además necesito salir.

DIANA.—Bien, papá. **(Sale)**.

GASTON.—¿No están ustedes inquietos? ¿Diana no está enferma? ¿No te ocurre nada de importancia?

DUQUE.—Nada, absolutamente.

GASTON.—No se olvide de contestarme sobre lo del banquete.

DUQUE.—Esta noche. **(Gastón sale. El duque y la duquesa solos. Movimiento de la duquesa)**. Te ruego... sé lo que debo hacer.

DUQUESA.—Pero, si por casualidad ella ignora, debes tener consideración.

DUQUE.—El único objeto que ahora me guía es la salvación de Diana y debo proceder sin escrupulos. Puedes quedarte o marcharte, como te parezca mejor, pero no me interrumpas. **Se dirige hacia la puerta del salón)**. **(Apretando los dientes)**. ¡No es él, pero no importa; como si fuera él! Ya es algo. **(Abre enérgicamente la puerta)**. Entre, señora! **(Entra la señora Armaury directamente hacia la duquesa)**.

ESCENA VII

EL DUQUE, LA DUQUESA y la señora de ARMAURY

SEÑORA ARMAURY.—Buenos días, mi querida amiga. Perdone que me haya adelantado a la hora de su cita, pero tengo que estar justamente a las 4 y media en casa de la señora Mallet, para el ensayo del concierto... ¿Lo sabía usted?

DUQUESA.—En efecto.

SEÑORA ARMAURY.—Tengo que hacerles algunos reproches de parte de ella. Dice que usted no se deja ver y que desea muchísimo darle un apretón de manos.

DUQUESA.—Muy bien...

S. ARMAURY.—Pero es secundario todo esto. Usted me ha hecho venir y supongo que tendrá algo para comunicarme o encargarme. ¡Ah! Si me permite... las primeras violetas... **(Le ofrece un ramo)**.

DUQUESA.—**(Turbada)**. Gracias.

S. ARMAURY.—Bien; veámos qué sucede. Usted sabe que estoy siempre a su entera disposición y que... **(Los mira)**. ¡Oh! Pero debe de ser algo muy serio. Ustedes parecen tristes, fastidiados... ¿Qué hay?

DUQUE.—¿No lo imagina?

S. ARMAURY.—¡Absolutamente!... Y creo que mi marido tampoco... pues ha estado con ustedes...

DUQUE.—**(Interrumpiéndola)**. Su marido, señora, es el último de los miserables!

S. ARMAURY.—¿Qué dice?

DUQUE.—¡Sí; un miserable... un bandido!

S. ARMAURY.—Esas palabras, señor... no puedo tolerar... **(Se levanta)**

DUQUE.—Y si no le rompo la cara es porque no puedo...

S. ARMAURY.—¿Está usted loco?

DUQUE.—Nos ha colocado en una situación que hace imposible la venganza...

S. ARMAURY.—**(Suplicando á al duquesa con una mirada)**. Esto es espantoso!.

DUQUE.—...Y si se encuentra usted aquí, señora, es precisamente porque no estoy seguro de renunciar al placer de abofetearlo ni bien me halle en su presencia!

S. ARMAURY.—**(Con energía)**. Señor: creo que no debo oir estas cosas. ¡Ahí está mi marido que le podrá contestar!

DUQUE.—¡No, señora; no puedo pedirle explicaciones! Y esto es lo peor, pero tengo que manifestar algunos deseos y creo, estoy segurísimo, que entre usted y yo haremos que se cumplan! Su responsabilidad está comprometida, porque han sido ustedes íntimos amigos nuestros conociendo usted bien a fondo la moralidad de su esposo.

S. ARMAURY.—**(Arrojando el mantón sobre la mesa)**. ¡Señor, le ruego que se explique! Acaba de expresarse usted de un modo que no sé como se atreve...

DUQUE.—Su marido, señora, ha deshonrado a mi hija. ¡Deshonrado! ¿entiende usted?

S. ARMAURY.—**(Con un grito de indignación)** ¡No es verdad! ¡No es

verdad! ¡Ustedes mienten! Me dicen cosas horribles... ¡Una prueba! ¡Una prueba!

DUQUE.—Tengo mil. Lea usted eso. **(De tiende una carta. Ella la lee, sus manos se agitan. Pausa Pronuncia palabras a media voz).**

S. ARMAURY.—¡Qué horror! Jamás hubiera creído semejante cosa... ¡Oh, miserable! Perdónenme... Ustedes que han sido tan buenos amigos nuestros!... ¡Qué cosa horrible, Dios mío!

DUQUE.—Haga de ese hombre lo que quiera, pero que yo no lo vuelva a ver y que ni intente siquiera ver o hablar a mi hija; que no se interponga más porque, en caso contrario, no respondo de mí!

S. ARMAURY.—Me comprometo a conseguir que Armaury jamás se encuentre con ustedes, sea lo que fuere de mi misma. Desgraciadamente

DUQUE.—Dice usted bien, señora, no hay remedio.

DUQUE.—**(Mirándola llorar)**. Lo confieso; creí que estaba haciendo comedias para tapar la falta de su marido, pero ahora veo que no.

DUQUEA.—¡Nuestra querida Dianita! Si usted conociera todos los detalles!... Es un dolor que persistirá durante toda mi vida..

S. ARMAURY.—¡Oh! ¡Los compadezco deveras, muy deveras y puedo asegurarles que nunca volverán, ni siquiera, a oir hablar de nosotros; ni de él, ni de mí! **(Dice esto con voz humilde).**

DUQUE.—**(Vivamente)** Sobre este punto deseo que convengamos algo.

S. ARMAURY.—**(Interrumpiendo con un gesto)**. Un momento, se lo suplico, un momento... Acaba usted de darme un golpe horrible y tengo la cabeza.... pero va a pasar... deje que me reponga...

DUQUE.—¡Es toda nuestra dicha que se hunde!

S. ARMAURY.—¡Oh! Lo comprendo bien, pero también es la mía que se va. Perdónenme; déjenme que llore. **(Va tambaleando hasta un sofá y se toma la cabeza con las manos).**

DUQUE.—Señora, la cólera me ha trastornado y he procedido con brutalidad; ¡perdóneme! Hemos sido fantoches de ese caballero y nada más. Tenía antecedentes y reputación que lo garantían... Desearía mitigar su dolor, señora, pero no puedo; ha distribuído entre nosotros una dosis de sufrimiento que no podemos dejar de compartir. Tenemos cada uno nuestra carga y no es la suya la que más pesa, en verdad, por que usted al fin y al cabo, puede encontrar reparaciones...

DIANA.—**(Apareciendo en el umbral)**. Disculpen...

DUQUE.—**(Furioso y corriendo hacia ella)**. ¿Qué es eso? ¿Qué hay?

DIANA.—Nada. Venía a traerle lo que usted me ha pedido.

DUQUE.—¡Vete! **(Ella se acerca y deja sobre la mesa, disimulando y ocultando el lado de la figura una acuarela sobre cartón. Hay un silencio trágico. La señora Armaury y Diana se miran. Luego Diana bajando los ojos y cubierta por su padre, vuelve a salir).**

S. ARMAURY.—**(Se ha levantado y está apoyada en la chimenea)**. ¡Oh! ¡Qué miradas acabamos de cambiar con esa criatura! ¡Ella; ella es quien se ha apoderado de mi felicidad!

DUQUE.—No, señora; ella es la víctima. Ha sido deshonrada...

S. ARMAURY.—¡La querida!

DUQUE.—No pienso que eso sea una disculpa.

S. ARMAURY.—¡No; esa es mi dosis, como usted dice! Y después de lo que acabo de leer en sus ojos me permito observar que no se trata de una violación. Su hija era más que consciente... ¡Lo quería! ¡Se querían!

DUQUE.—Bien... ¿y de ahí?

DUQUESA.—Hacerse querer por una chiquilla, tenderle el lazo del amor para hacerla caer, no es cosa difícil. Nosotras, las mujeres, sabemos cuán fácilmente se trastorna a una criatura de ¡16 años!

S. ARMAURY.—¿Puedo ver alguna de esas cartas?

DUQUE.—Ahí las tiene usted, elija. **(Lee, se turba y no puede continuar).**

S. ARMAURY.—¡No, no! Vuelva a guardar eso; es horrible; me hace daño. Sé más de lo que debiera saber. **(Maquinalmente repite)**. ¡Ah! ¡Jamás hubiera pensado en una cosa así!

DUQUE.—**(Resuelto)**. Usted va a verlo, señora, y le corresponde hacerle saber que todo está descubierto. Dígale que tiene la vida en salvo, pero que ni una vez, ni una sola vez ¿entiende? ni una sola, trate de ver a mi hija o comunicarse con ella.

S. ARMAURY.—Lo he prometido; no tema usted.

DUQUE.—Pero eso no es todo. ¡Que se abstenga de decir lo más mínimo que pueda comprometer a su víctima!

S. ARMAURY.—También por ese lado, nada tiene que temer.

DUQUE.—¿Qué sabemos? Su infamia no necesita más que de la fanfarronada para estar completa. ¡Deshonrar una Charance, es halagador!

S. ARMAURY.—Lo obtendré todo, señor pero rogándole por su situación... No tengo hijos, pero tengo parientes...

DUQUE.—Tanto a ustedes como a nosotros nos conviene guardar silencio.

S. ARMAURY.—Bien; voy a retirarme. **(A la duquesa)**. No puedo explicarle, señora, lo avergonzada que estoy de mi marido y cuanto siento haberlo presentado en esta casa.

DUQUESA.—No se disculpe usted, ha pecado por inadvertencia como nosotros.

S. ARMAURY.—No puedo sostenerme.

DUQUESA.—La compadezco profundamente, querida señora.

S. ARMAURY.—¡Bah! No soy la más afectada. Hay aquí dos catástrofes; la mía es la que encierra menos gravedad. Soy fuerte.... pero con todo.....

DUQUESA.—¿Quiere usted que mande buscar un coche?

S. ARMAURY.—Gracias. Abajo está el mío.

DUQUE.—**(Como si hubiera olvidado lo esencial)**. ¡Ah! sobre todo, que no se le ocurra pensar en reparaciones ni en explicaciones, siquiera. Si alguien llega a notar nuestra ruptura ya encontraremos algún motivo de ofensa. En cuanto a mí hijo Gastón, como lo conozco y sé que sería capaz de ir a escupirle la cara, ignorará todo cuanto sucede. **(Hace una pausa)** Vaya, señora, y esté segura de que la compadecemos por tener que vivir al lado. **(Las palabras de odio brotan a pesar suyo)**. De ese pájaro de Correccional!

S. ARMAURY.—**(Con altanería instintiva)**. Permítame que me retire, señor. Cualquiera que sea la falta, no puedo olvidar que es mi marido y que llevo su nombre! Con permiso de usted... **(Saluda con dignidad. La Duquesa la acompaña hasta la puerta)**. ¡Oh, señora! Es la última vez que franqueo su puerta: no me acompañe.

DUQUESA.—Lo haré como de costumbre. Es necesario que los sirvientes no sospechen...

S. ARMAURY.— ¡En esta casa!... **(Se da vuelta)**. Adios señor... **(Salen la Duquesa y la Sra Armaury e inmediatamente el duque se precipita a la puerta de la izquierda por donde saliera Diana)**.

DUQUE.—**(En el corredor llamando con voz ronca)**: ¡Diana! ¡Diana! ¡Ven enseguida!... ¡Ah! Estamos aquí... no habías ido a tu habitación, escuchabas atrás de la puerta ¿verdad? No... no lo niegues! **(Empuja a Diana violentamente y la hace entrar delante de él)**. Vas a explicarme como te has permitido presentarte aquí, hace un momento, cuando te prohibí que bajaras!

DIANA.—Pero papá, era para traer la acuarela...

DUQUE.—¡Mentira! Has venido a espiar porque tenías miedo. No es esa mujer a quien pensabas encontrar aquí, sino a el...

ESCENA VIII

El DUQUE, DIANA y la DUQUESA

DUQUESA.—**(Entrando asustada por los gritos)**. ¿Qué sucede?

DUQUE.—Estoy pidiéndole cuenta de lo que acaba de hacer.

DUQUESA.—**(Acercándose vivamente al duque y hablándole bajo)**. Te ruego que me dejes sola con ella.

DUQUE.—**(También bajo)**. Es preciso anunciarle enseguida que vamos a mandarla al convento.

DUQUESA.—Yo lo haré.

DUQUE.—Bien, pero acuérdate de las palabras del abate Roux: "Firmeza, mucha firmeza!" **(Alto, a Diana)**. Tu madre desea hablarte. **(Sale)**.

ESCENA IX

La DUQUESA, DIANA

DUQUESA.—Diana: hemos decidido, tu padre y yo, mandarte a un convento.

DIANA.—¿A un convento?... Pero mamá...

DUQUESA.—Ante la gravedad de las circunstancias, no hay que titubear. Ha llegado para tí el momento de la reflexión. Te pendremos bajo un régimen que modificará tu espíritu y te volverá al camino de la rectitud. No queremos castigarte; queremos que te salves.

DIANA.—¿Y por cuánto tiempo?

DUQUESA.—Ya veremos, Por lo pronto, hasta que seas mayor de edad.

DIANA.—¿Hasta que sea mayor de edad?

DUQUESA.—Si de aquí a entonces te modificas, si comprendes el mal que has hecho...

DIANA.—**(Inquieta)**. Sí; un año o dos por lo menos ¿verdad? ¿Y en qué convento? ¿Dónde?

DUQUESA.—En Bélgica o Inglaterra.

DIANA.—¿En el extranjero?... ¿Cuándo debo partir?... **(Se agita las manos)**

DUQUESA.—Enseguida; saldrás dentro de veinticuatro horas. Necesitas alejarte de esta vida que es tu perdición.

DIANA.—¡Dentro de veinticuatro horas! Pero, comprende, mamá, que es imposible... Tenemos un compromiso con los de Bellines para el domingo próximo... sabes que dan esa comida en nuestro obsequio... Y luego, tenemos la soiree de los Dupuy...

DUQUESA.—**(Estupefacta)**. ¿Qué oigo? ¿Estás loca, Diana? ¿No te das cuenta...? Se acabaron comidas y soirees todo, todo! Dentro de veinticuatro horas vas a marchar.

DIANA.—¿Y van a encerrarme en un convento? ¡No! ¡Ya no estoy en edad de que se haga eso conmigo!

DUQUESA.—Sé que no eres una criatura, pero también sé que aún nos debes obediencia.

DIANA.—**(En el colmo de la desesperación, casi encolerizada)**. Hagan de mí lo que quieran, pero meterme a un convento. ¡No! No quiero ir al convento!

DUQUESA.—¡Ah! ¿Es así? Bien suponía, tu padre que ibas a resistirte. No Diana; basta de mundo, basta de flirt, basta de toilettes! Debes abandonar todo esto que te ha perdido. **(Parece recordar los consejos del abate)**. ¡Y por lo pronto, dame tus alhajas!

DIANA.—**(Levantando los hombros)**. ¡Oh! En cuanto a eso, todo lo que quieran; me es completamente igual! ¡Ahí tienes las alhajas! **(Se las saca y las arroja sobre la mesa)**.

DUQUESA.—Y no pienses llevar al convento nada más que el ajuar de pensionista.

DIANA.—**(Estrañada y mirando a su madre fijamente)**. ¿Por qué me dices eso? ¿Acaso deseo llevar algo?

DUQUESA.—Diana, estás abusando de las contestaciones.

DIANA.—Puedes tener la seguridad de que no voy a echar nada de menos.

DUQUESA.—Espero que sea así; que seas disciplinada y que la disciplina te lleve al arrepentimiento y a las ideas religiosas que ya no tienes. **(Haciendo un esfuerzo, de pronto)**. Empezaré por cortarte el cabello.

DIANA.—**(Se da vuelta como si comprendiera)**. ¿Vas a cortarme el cabello?

DUQUESA.—Completamente corto; hasta la nuca.

DIANA.—¡Vamos, mamá, te chanceas!... **(Luega hace un gesto)**. ¡Ah! Ya comprendo; es para desfigurarme! Pero, te conozco, no te atreverás, sobre todo desde que esa resolución no ha nacido de tí. ¡Oh! si es visible... tu no sabes hablar de ese modo, veo que te esfuerzas... Sí; te esfuerzas.

DUQUESA.—**(Con energía)** Es que también yo me modifico. Ya lo verás.

DIANA.—**(Casi sonriente, con un gesto de desafío)**. Pues toma..., prueba. Ahí tienes tijeras sobre la mesa. ¿Para qué esperar? Anda, anda. **(Le presenta las tijeras)**.

DUQUESA.—**(Se apodera de las tijeras encolerizada)**. Perfectamente lo haré!

DIANA.—¡Córtalos! **(Con un solo movimiento deshace el peinado y el cabello cae sobre la espalda. Diana se sienta. La duquesa arregla las tijeras con timidez, luego hace un esfuerzo, se adelanta, toma la cabellera de Diana, abre las tijeras y se dispone a cortar. Entonces Dina se levanta dando un grito y tratando de defender el cabello con las manos)**. ¡No, no quiero! ¡No quiero que me corten el cabello ni que me lleven al convento! ¡No iré al convento!

DUQUESA.—¡Eso, veremos!

DIANA.—Hagan de mí lo que quieran, pero no me saquen de París... quiero que... **(Da puerta se abre y el duque se precipita)**.

ESCENA X

Los mismos y EL DUQUE

DUQUE.—¿Qué es eso? ¿Qué he oído? ¿Te sublevas? ¡Ah! ¿No quieres ir al convento? Pues yo te aseguro que irás; ¡te juro que irás! Y más todavía, te juro que vas a pedirnos perdón. Querías verlo otra vez ¿no es cierto? ¡Desvergonzada! ¡De rondillas! ¡De rodillas! **(La toma brutalmente y la arroja al suelo)**.

DUQUESA.—**(Asustada)**. ¡Amadeo! ¡Por Dios, te suplico!...

DUQUE.—**(Vuelve en sí como asustado del acto que acaba de cometer, trata de dominarse, sus piernas se aflojan. Después recobra su digna actitud y empieza a hablar con voz suave y apenada)**. Sí; tienes razón. ¡Calma...! No es preciso usar medios violentos; ella, por sí sola comprenderá que debe respetarnos. Oye Dianita: debes hacer un llamado, no a la hu-

mildad, sino a la razón y al deber, pera que no me vea forzado a poner en juego mis derechos paternos y para que todo lo que se haga sea de acuerdo con tu voluntad. Piensa recapacita vuelve en tí, adopta una resolución y dínosla sin rodeos. ¿No quieres ir al convento? ¡Bien!: buscaremos otra forma de solucionar el problema. ¿Consientes en ir? Mejor, muchísimo mejor: se nos abre la puerta de la esperanza. ¡Oh! No te apures... puedes reflexionar... tu madre y yo esperaremos la repuuesta perfectamente tranquilos. **(Diana guarda silencio. Va al espejo, se arregla el cabello, se peina con tranquilidad manteniendo entre los labios las horquillas de carey mientras envuelve las trenzas, se arregla la bata, se dirije a la puerta, se detiene y se vuelve hacia sus padres).**

DIANA.—Iré. **(Sale).**

TELON

ACTO SEGUNDO

Gabinete de trabajo. Muebles antiguos. A la derecha, puerta de communicación con el pequeño salón de espera para los clientes y visitas de Armaury. A la izquierda una pequeña puerta que da a un corredor. Al fondo dos grandes ventanas, con arco ovalado, que dan al patio el cual está separado del muelle de Orsay por las habitaciones del conserje y comunicado por puerta que da sobre el vestíbulo de entrada.

Al levantar el telón Diana está arrinconada junto a un mueble. Marcelo Armaury la abraza y le habla a media voz. Una sirvienta joven, con sombrero, arrodillada en el fondo, arregla unas valijas y un saco de viaje).

ESCENA I

ARMAURY, DIANA, KETTY

(Armaury está hablando a Diana en voz muy baja; durante un rato sigue así y alza la voz poco a poco).

ARMAURY.—Queridita... mi queridita... No puedes imaginarte cuantos malos momentos he pasado durante estos días. Creí perderte; sentí que me faltabas, que había un vacío muy grande, algo imposible de describir, algo que yo desconocía por completo... ¡Figúrate si será feliz ahora! ¡Oh! Ahora sí. Aquí está todo; ahora vuelvo a tocar tus vestidos, tus cintas, tus guantes, tus zapatos... Yo que ni esperanzas abrigaba...! Horrible, queridita, horrible. Tan grande era mi certidumbre de no volver a verte, que me enloquecía pensando en la espantosa soledad del porvenir. Eras para mí una cosa muerta. Imagínate que ya clasificba los recuerdos, tus retratos, en el desesperante temor de no recordar algún día tu figura. Nunca podrás imaginarlo. ¡uf! No quisiera verme en otra igual. Son los siete días más andiablados que conozco.

DIANA.—¿Y yo, Marcelo, y yo? Cuando sepas lo que he pasado...

ARMAURY.—¡Oh! dame un rinconcinto de la boca ¿quieres?

DIANA.—Un momento. Antes... **(Desabrocha el guante, deja el brazo en descubierto y se lo acerca para que le bese la mano).**

ARMAURY.—Sí; tienes razón. Buenos días a tus manitos. ¡Pobres; ya las olvidaba!

KETTY.—**(Arreglando una valija).** Señorita; he olvidado de traer el vestido de encaje y el tapado que me encargó.

DIANA.—No importa; pasaré sin ellos.

ARMAURY.—¿Cómo ha tenido, Vd. tiempo de salir con esa valija?

DIANA.—Tú sabes que Ketty es una ardilla. La ha escamoteado...

AMAURY.—¡Era peligroso! Si hubieran llegado a ver la valija ¿cómo te hubieras arreglado? **(Dirijiéndose a Ketty).** ¿Está Vd., segura de no haber cometido alguna imprudencia?

KETTY:—¡Oh! Segurísima, señor.

AMAURY.—**(A Diana).** Veamos. Ahora que estás aquí, porque ya puedo estar seguro de tenerte conmigo, hablemos en orden. Con exactitud, donde creen que te encuentras?

DIANA.—Todo está de acuerdo con lo convenido en nuestras dos últimas cartas y con la que te trajo Ketty. El plan ha resultado a maravillas. Tú sabes que es fácil con mamá... Para mi familia estoy en Reully, pronta a marchar para el convento de Lodelinsart y arrepentida completamente; les dije que deseaba ver al abate Roux... Mamá irá a buscarme a las 5. Cuando llegue estaremos lejos y nada habrá que temer. Puedes tener confianza, desde que están persuadidos de mi arrepentimiento; hace ocho días lo acepté todo y se ha preparado mi partida con la mayor minuciosidad: ajuar... baules... etc., etc. No hay temor de nada.

ARMAURY.—**(A Ketty)**. Acérquese un poco Ketty. Es Vd. un angel anglicano, pero ¿podría jurarme que a nadie ha puesto al corriente de nuestros asuntos?

KETTY.—A nadie, señor.

ARMAURY.—¿Podemos estar completamente seguros de Vd.?

KETTY.—Sí señor. Quiero mucho a la señorita y tengo confianza en Vd. Acompañaré a la señorita hasta el fin del mundo...

ARMAURY.—No le pedimos tanto. Pero aquel joven rubio que la seguía en la playa...

DIANA.—Sí, Ketty, su flirt. ¿Lo deja Vd. de veras?

KETTY.—¡Oh! ¿El chauffeur del marqués de Rion? Señorita, no se ocupe Vd. de ello; puede tener confianza en mí.

ARMAURY.—¿Pero no habrá cometido Vd. alguna indiscreción? El chauffeur rubio no sabrá a donde vamos?

KETTY.—Cuando ni yo misma lo sé, señor...

ARMAURY.—¡Es verdad! Va a saberlo dentro de un instante. Ya no hay que temer aquí... he despedido al secretario y al dependiente...; nadie puede subir al estudio...; estamos solos... He pedido el automovil para las cuatro en punto y tenemos un chauffeur que sabe de nuestro viaje tanto como Ketty. Mira: he comprado como un colegial esta valija en la avenida de la Opera; no es mucho más grande que la tuya, pero ha de bastar Ahora las últimas instrucciones: Ketty, tome Vd. las dos valijas y colóquelas en el corredor, ahí... **(Abre la puerta de la izquierda)**. Cuando yo le diga, bájelas por la escalera del servicio... ¿Ve Vd. la puerta allá? Bien; bájelas por esa escalera y déjelas en el automóvil. Le dirá al chauffeur que se adelante un poco hacia el muelle; iremos a ese lugar.

DIANA.—¿Precauciones?

ARMAURY.—Por el conserje; pueden venir a interrogarlo y no quiero que informe. Vaya Ketty, quédese unos minutos en esa habitación de la derecha... ahí, por el corredor **(La conduce a la puerta)**. Yo la llamaré. Tome... **(Ketty toma el saco de viaje y las mantas)** ¡Mi mujercita! Estoy tan profundamente emocionado... Y tú tan tranquila, tan sonriente como si se tratara de algún viaje de placer, de alguna de aquellas viejas excursiones... Me das miedo, querida.

DIANA.—¿Qué puede asustarme? Soy feliz... **(Le toma la mano y la lleva a su corazón para demostrarle que late normalmente)**

ARMAURY.—Sí; late como a los 15 años. Pero siéntate; tengo que hablarte. El automóvil no vendrá hasta dentro de algunos minutos... Siéntate... Todavía hay tiempo de reflexionar; una hora más y será tarde. Oyeme Dianita; aún puedes volver a tu casa... Sí sí, no protestes... te pido que reflexiones. Considera que me dás ingenuamente tu vida entera en esa inconsciencia formidable de la juventud...

DIANA.—¿Acaso tienes miedo? ¿Me rechazas?

ARMAURY.—¡No digas locuras! Temo por tí, nada más que por tí, por el ser que más quiero en el mundo... ¿Has considerado, acaso, las consecuencias de tu resolución, hija mía?

DIANA.—Sí, Marcelo.

ARMAURY.—Tal vez no, Dianita; ¡seguramente no tanto como crees! Mira que vas a destruir, de un solo golpe, la posibilidad de una vida honorable y feliz quizá, aunque efímera... ¿Estarás satisfecha transformándote en mi querida y viviendo en el extranjero hasta la mayoría de edad? ¿No echarás una mirada de desesperación sobre todo lo perdido, cuando veas consumada lo irreparable? Hija mía, hija mía, compréndeme... No es de tí que tengo miedo; no es de tí que desconfío: es de mí.

DIANA.—¿Cómo, de tí?

ARMAURY.—La vida que ves en cambio de la de tu hogar, siempre podrá agradarte como ahora? Constituiremos, durante mucho tiempo, una copia que no vivirá más que de ella misma y por lo tanto tu vivirás de mí, de mí sólo... ¡Qué responsabilidad atroz, queridita! Te aseguro que, en vez de este viaje a Tantale, siento deseos de tomar tu tapado, cuando ronque el automóvil en la puerta, echártelo muy suavemente sobre los hombros, colocarte los pinches en el sombrero, darte un beso muy dulce y muy largo, luego un cachete y por fin decirte: "Adios Diana... Vuélvete a tu casa".

DIANA.—¿Has concluído?

ARMAURY.—Sí y no.

DIANA.—Oye Marcelo: he reflexionado sobre todas esas cosas y aún sobre mucho más. ¿No ves como te miro? ¿No ves como te aprieto la mano? ¿No lo comprendes? Vengo a tí, y, como tu dices, te doy mi vida entera. Puedes hacer con ella lo que te plazca. Hablas de mis sacrificios y no hay uno solo. ¡Tan poco resulta comparando lo mío con lo que tu sacrificas, y de esto ni siquiera se te ocurre hablar! En esa vida que me esperaba no

puede haber felicidad porque es vida sin mi vida; mi vieda eres tú, tú solo! ¿Los otros? ¿El mundo? ¿Qué importa! Créeme que siento una indiferencia absoluta por todo lo demás. Que pasemos la vida en vagón o que me lleves al sitio más monótono de la tierra para confinarme allí, es lo mismo; estaré contigo. No tengo méritos. Es egoismo nada; más... Y después de todo, creo que no me obligarás que te haga declaraciones amorosas. ¡Pobre Marcelo! No tienes porque mirarme con esos ojos tan redondos... Fíjate: aquí no hay más sacrificios que los tuyos; haces un mal negocio.

ARMAURY.—**(Tapándole la boca con una mano)**. ¡Chut! Diana! Ya sabes lo que te he dicho al respecto. Todo lo que a mi se refiera constituye para tí un muro por encima del que no debes mirar. Te prohibo que me hables de esas cosas y, más aún, voy a pedirte que pronuncies lo menos posible el nombre de mi mujer. Compréndeme, aprueba, si quieres, de vez en cuando mi conducta, pero con una mirada, con una sonrisa; nada más. Sé lo que hago y hasta donde puedo llegar. Te quiero tan profundamente que mi única ambición es tu dicha. De ahí que me entristezca al pensar que, por mí, pierdes definiitivamente un porvenir risueño y que te invite a la reflexión.

DIANA.—**(Con vehemencia, arrojándose a sus brazos)**. Vivir dos años, tres años quizá sin tí, lejos de tí, en un convento...! ¡No; eso, jamás! No tengo fuerzas para hacerlo. ¡Mil veces preferiría matarme!

AMAURY.—¡No digas locuras!

DIANA.—No; no son locuras. Piensa en lo que serían esos años para mí... piensa que soy una mujer; una verdadera mujer! Y que eres tú quien me ha hecho mujer! Tres años... En tres años me engañarías... me olvidarías... Sí, sí, me olvidarías y cuando volviese ya no podría estar así, ya no podría abrazarte... Estarías quizás con otra mujer...

ARMAURY.—**(Riéndose)**. ¡Pobrecita! ¡Si no es más que eso lo que te preocupa...!

DIANA.—Nada más que eso, pero te aseguro que la preocupación es bastante grande. **(Le tapa la boca con una mano)**. No; no hables; es inútil; vamos a estar juntos toda la vida.

ARMAURY.—¡Toda la vida! ¡Pero hijita! ¿Has tomado el peso de esas palabras? Tú tienes diez y ocho años y yo... es verdad que no soy viejo todavía, pero voy a bajar la pendiente. Me lanzaré a ella y cuando esté en el fondo te veré allá, arriba en todo tu explendor. Entonces te haré señas, procuraré subir y me mirarás... sí, me mirarás, pero con lástima o con desprecio. Tengo muchos remordimientos Dianita, pero el mayor de todos es el de haber llegado a los cuarenta años. ¿No te da miedo? **(Diana le toma la cabeza y la apoya en su mejilla)**.

DIANA.—¡Criatura!

ARMAURY.—¡Ah! ¡Por una palabra como esa ¿qué locura no se puede hacer! ¡Eres única, Diana! Vámonos.

DIANA.—Sí; vámonos.

ARMAURY.—Bien; Ketty es muy gentil y creo que no se opondrá a que hagamos, sin ella, nuestro primer viaje en automóvil. Le diré que vaya en ferrocarril hasta la estación anterior a Dieppe donde se encontrará con nosotros. ¿No te parece?

DIANA.—Soy de la misma opinión.

ARMAURY.—No la mando a Dieppe directamente porque no hay para que hacerle comprender que vamos a embarcarnos para Southampton y que nos disponemos a fijar nuestra residencia en Londres.

DIANA.—¿La llamo?

ARMAURY.—Llámala.

DIANA.—**(Va hasta la puerta)**. Venga Ketty **(Entra)**.

ARMAURY.—Hemos resuelto que Vd. se marche sola. Tome un coche en el muelle Voltaire, hágase conducir hasta la estación San Lázaro y allí tome el expreso para Neufchatel-en-Bray. ¿Ha comprendido?

KETTY.—Sí señor; Neufchatel-en-Bray.

ARMAURY.—Aquí tiene para el viaje. **(Saca dinero y se lo da)**.

DIANA.—En la estación que el señor le ha indicado nos esperará Vd. Pasaremos a recogerla en el automóvil. Deje las valijas; las cargaremos nosotros mismos. Adiós, Ketty. Apúrese que tiene poco tiempó disponible.

KETTY.—¿No tienen algo más que ordenarme la señorita?

DIANA.—Nada más.

KETTY.—Esperaré que Vds. lleguen, sea cual fuere la hora?

DIANA.—Sea cual fuere la hora. Hasta la vista Ketty.

KETTY.—Que la señorita tenga buen viaje **(Ketty sale Diana y Amaury se estrachan como dos criaturas libres de todo remordimiento)**

ARMAURY.—¡Vamos a hacer nuestro viaje de bodas!

DIANA.—¡Libres! ¡Vamos a estar libres!

ARMAURY.—¡Sí; libres! Todo el día contigo entre mis brazos acariciándote los rulos... ¡Ah! ¡Qué hermoso fin de jornada! ¡Escucha... es el automóvil; es el automóvil que viene a buscarnos!

DIANA.—¡Por fin! **(Se levanta de un salto).**

ARMAURY.—**(Yendo a la ventana)** Se ha detenido delante de la puerta... es el automóvil de la libertad! Ven a ver... la puerta cochera se abre... No... espera... no vengas todavía. **(Lanza un grito de espanto).** ¡Ah! Dianita, mira... no, no mires... Aléjate.

DIANA.—¿Qué sucede? **(Se acerca a la ventana)** ¿A qué viene?

ARMAURY.—Lo ignoro, pero no te asustes.

DIANA.—¿Acostumbra a venir durante el día?

ARMAURYSí, de vez en cuando, pero hoy no tiene para que hacerlo.

DIANA.—Marcelo, Marcelo. ¿Qué ocurrirá?

AMAURY.—Nada, absolutamente querida, desde que es imposible que abrige sospechas. No temas.

DIANA.—Pero no vayas a abrirle.

ARMAURY.—Sí; voy a abrirle. Es casi seguro que me ha visto. Pediría la llave al conserje... subiría... Te llevaré a la pieza del fondo, ahí, en el corredor y la despediré enseguida.

DIANA.—Con tal que no nos haga perder tiempo. Despáchala pronto ¿eh? Tengo sudores fríos.

ARMAURY.—**Forzando una sonrisa para tranquilizarla).** Si hubiera el menor peligro te lo diría. Puedes ir a esperarme con absoluta tranquilidad.

DIANA.—**(Tomándole de la manga).** Marcelo: y si te detuviera, si te llevara otra vez con ella?

ARMAURY.—¡Qué locura!

DIANA.—¿Si te impidiera marchar? Júrame, Marcelo, que suceda lo que suceda huiremos juntos. No quiero volver a mi casa; quiero irme contigo para siempre. Si no aprovechamos este instante... no sé...

(Tocan el timbre).

ARMAURY.—¡Cálmate, cálmate! Llaman a la puerta.

DIANA.—¡Júramelo, Marcelo! Yo me moriría... Júrame. ¿Pasarás sobre todos los obstáculos?

ARMAURY.—No habrá obstáculos, querida Dianita **(La lleva al corredor. Las voces se confunden).**

DIANA.—Júrame que nada te impedirá llevarme. **(Vulven a llamar).**

ARMAURY.—¡Bien, te lo juro por nuestro amor... por mi vida! **(La lleva casi arrastrándola hasta el corredor. La escena queda desierta unos instantes. Se oye que la encierra. Vuelve casi corriendo y se dirije al vestítbulo de entrada desapareciendo en él. Se oye voces).**

LA VOZ DE FANNY.—¡Cómo! ¿Tú mismo vienes a abrir? ¿Y el dependiente?

LA VOZ DE ARMAURY.—No está; lo he mandado.

(Entran).

ARMAURY-FANNY

FANNY.—**(Buscando en su porta monedas).** ¿Quieres bajar y pagarle al chauffeur. No tengo sencillo.

ARMAURY.—Voy a mandar al conserje. **(Se dirije al timbre del escritorio).**

FANNY.—¿Estás loco? Por seis peldaños vas a molestarlo? Son 5 francos y además quiero que recojan un guante gris que se me ha caído. No voy a interrumpirte mucho. Tengo que ir al Bon Marché. **(Abre la ventana y habla hacia el patio).** Chauffeur: ¡ahí bajan a despacharlo! **(Dirigiéndose a Marcelo que titubea y no se decide a bajar).** Anda de una vez; voy a explicar al chauffeur lo del guante. **(Habla desde la ventana).** Hágame el favor de buscar en el coche un guante gr... **(Marcelo, precipitadamente se ha decidido a salir. Cuando sale ella se vuelve, va a la puerta de la derecha, la abre como buscando a alguien y luego la cierra. Enseguida corre hacia el corredor por la puerta que ha quedado abierta.** Se oye **un ruído confuso, una exclamación, un ruído de cerradura y Fanny reaparece en el preciso momento que entra su marido).**

ARMAURY.—**(Sospechando).** ¿A dónde ibas por ahí?

FANNY.—A ninguna parte. No me he movido. ¿Por qué?

ARMAURY.—¿Vienes especialmente a verme?

FANNY.—Sí; vengo a verte.

ARMAURY.—¿Qué tienes que decirme?

FANNY.—Marcelo, hoy has visto a la chica de Charance.

(Silencio).

ARMAURY.—Pues bien; admitamos que esa criatura antes de ir al convento haya sentido necesidad de darme un adiós definitivo; que haya venido acompañada...

FANNY.—¿Hace mucho que se fué?

ARMAURY.—Unos instantes.

FANNY.—**(Monstrándole la puerta)**. Mientes; está allí.

ARMAURY.—¡Qué disparate!

FANNY.—Marcelo: está allí.

ARMAURY.—Si espías, debes estar tan bien informada como yo.

FANNY.—No tengo necesidad e espiar. Ahora vas a comprender porque me encuentro aquí. Me juraste que todo había concluído y que no volverías a verla. Yo te creí, pero esta mañana recibo una carta anónima... Los han vendido; los han traicionado... La letra es de alguna sirvienta. **(Saca una carta del bolsillo y lee)**. **"Señora:** Si Vd. quiere ver marchar a su esposo con una señorita al extranjero, vaya a su escritorio esta tarde a las cuatro'.

ARMAURY.—**(Riendo)** ¡Es imbécil!

FANNY.—Marcelo, ibas a marchar.

ARMAURY.—Ni siquiera puedo contestarte. Es tan absurdo...

FANNY.—**(Va a la puerta del corredor, abre y señala con el dedo)**. Entonces ¿Qué significan esas dos valijas? No las conozco.

ARMAURY.—No es necesario ue las conozcas. Son de ella que ya se disponía a partir. Si me dejas dos minutos para que la haga salir sin escándalo y sin que ni siquiera sospeche que te encuentras aquí... Creo que es lo mejor; lo más correcto. **(Se prepara a abrir la puerta del corredor)**.

FANNY.—No soy tan tonta, hijito. **(El se da vuelta)**. La he encerrado. Aquí está la llave. **(Le muestra una llave que tenía escondida en la mano)**.

ARMAURY.—¿Le has encerrado?

FANNY.—Sí; nos hemos visto. Entreabrí la puerta y no hizo falta más: estaba allí de pie atrás de una cortina. He dado dos vueltas a la llave.

ARMAURY.—¡Devuélvemela!

FANNY.—¡Ni lo sueñes! Te la devolveré cuando quiera y en la forma que quiera. ¿Como? La primera ocasión que se me presenta de hablar con esa chica y voy a despreciarla? ¡no lo creas! Tienes dos recursos: arrancármela por la fuerza o hacer saltar la cerradura. Si te parece bien... **(Ha caminado hacia atrás hasta la mesa de trabajo. Sus ojos están fijos en Marcelo)**. Marcelo, ibas a marcharte con esa criatura!

ARMAURY.—No es verdad.

FANNY.—No debes hacerlo, Marcelo... No debes hacerlo... ¡Sería espantoso! ¡Ah, Dios mío! ¡Yo creí haber pasado por el trance más horrible y encuentro esta revelación! Nunca lo creí, ni lo imaginé siquiera; a no ser por ese anónimo estaría en mi casa tratando de alejar recuerdos tristes y tú estarías allá... en un tren... con ella... huyendo!

ARMAURY.—Una vez más, te lo digo que no. Estás guiándote por un anónimo de sirvientes.

FANNY.—Marcelo, no es creíble que hayas puesto orden en tu cerebro. Estás haciendo cosas de loco. ¿No has pensado en las consecuencias? ¿No has pensado en lo que mañana dirá todo París y en lo que te amenaza... en todo lo que te amenaza? Pura y sencillamente: vas a hundir la situación y tu honorabilidad. No tienes parientes; muy bien, pero los tengo yo. ¡Ah! ¡Si Dios nos hubiera dado hijos, no te marcharías! Así... sola... sin atractivos... es natural! Pero creeme que no me doy por vencida. ¡No, no y no! Marcelo, no te marcharás. Yo no lo quiero, y yo, yo misma, lo voy a impedir!

ARMAURY.—Sólo quiero asegurarte, otra vez, que te equivocas. Vas por mal camino.

FANNY.—Una carta anónima, un equipaje en el corredor y ella, ella misma en tu casa... No se precisaría más, pero tengo más aún: tengo tu inquietud, tu vergüenza, esos ojos que no quieren mirarme, el deseo de estar lejos de aquí que se adivina en todos tus movimientos; tengo la rabia que sientes al verte sorprendido... **(La voz parece ahogarla)**. ¡Te lo suplico, Marcelo, te lo suplico: no te vayas! Te empujan, te desvían, pero sé egoista; aférrate al pensamiento de tu interés.

ARMAURY.—No te ocupes de mi interés. Desde hace cinco minutos no hablas más que de interés y fuera de propósito. ¿Es la razón o el cariño quien me habla?

FANNY.—No me hagas semejante pregunta. El ser que te grita "Quédate" no podrá decir de donde nace ese grito no sabe si es de la razón o de su amor triturado. Es un grito que sólo quien lo oye puede saber de donde nace. Si no sabes tu, infeliz ¿cómo quieres que yo lo sepa? Lo único que puedo asegurar es que hay suficiente valor en mi para cerrar los ojos ante mi propio desastre y no ver más que el tuyo. ¡No te vayas Marcelo! Y, no veas en esto ni súplicas ni amenazas... **(Cambio repentino de idea)**.

Además, será suficiente una entrevista con esa criatura para que me comprenda. Estoy segurísima de que nunca le han hablado con sensatez. Ya verás...

ARMAURY.—(**Asustado**). Fanny, te lo suplico, arreglemos estas cosas entre los dos.

FANNY.—(**Se dirige a la puerta; Armaury retrocede como para impedirle el paso**). Déjame... ya verás. De la cosa más sencilla hacemos un mundo. Bastará con que le diga... (**Llega al ángulo donde está la puerta y Marcelo la detiene**). **En ese momento queda dando frente a la ventana y lanza una exclamación**). Marcelo, Marcelo, están denunciados por todas partes! ¡Pronto! Mira quien viene ahí... mira... ahí, atravesando el patio... ¡El hermano!

ARMAURY.—(**Después de mirar por atrás de las cortinas**). Por Dios, dame pronto esa llave. Voy a salvarla haciéndola salir por la escalera del servicio.

FANNY.—¡No!

ARMAURY.—¿Te niegas?... ¿Eres tú, Fanny, quien ha avisado a la familia? No se explica coincidencia así. Contéstame.

FANNY.—(**Con el cuerpo erguido y gesto de desprecio doloroso**). ¡Es preciso que me hayas querido muy poco para creerme capaz de semejante delación! ¡Yo no sé traicionar, Marcelo!

ARMAURY.—Pues bien; demuéstramelo. Muéstrate generosa de una vez. ¡Pronto! ¿No ves que aquí va a pasar algo horrible, algo que no tiene nombre? (**Llaman a la puerta**). ¿Oyes, Fanny? ¿Oyes? (**Ella está de espaldas a la pared con las manos atrás**).

FANNY.—(**Cambiando de tono, muy dueña de sí misma y como si hubiera adoptado una resolución**). ¿Y por qué tanto miedo? Yo misma voy a abrir... Así, sin sombrero. (**Se lo saca**). Aparentaré hallarme aquí lo más naturalmente... Mi presencia te salvará. Unos cuantos segundos y lo despido. Si no haces falta no te llamaré. Vamos, entra al salón de espera... ¡Pronto! Sé lo que debo hacer.

ARMAURY.—(**Tratando de convencerla**). ¡Pero abramos la puerta antes; que baje... que huya!...

FANNY.—De ninguna manera, ahora no.

ARMAURY.—Pero si quedas sola con Charance, te vas a confundir... te vas a traicionar...

FANNY.—(**Con dignidad**) ¡Eso es no conocerme! (**Vuelven a llamar**).

ARMAURY.—¡Por segunda vez... Fanny, estamos cometiendo una imprudencia!

FANNY.—Una locura, querrás decir, pero es completamente natural. Diré que estás ocupado... ¡Pronto!

ARMAURY.—(**Se decide, se marcha y se vuelve enseguida mirando a su mujer fijamente**). Fanny, estamos a tu merced. ¡Mira que puedes perderme!

FANNY.—¿Y si te salvo? (**En cuanto queda sola, toma un blok de apuntes, se pone un lápiz entre los dientes, va a la puerta y la abre**). ¿Cómo? ¿El señor de Charance? Buenos días, querido amigo. ¿Cómo está usted? Haga el bien de pasar... (**Lo hace pasar**).

ESCENA III

FANNY, GASTON

FANNY.—Con permiso de usted ¿eh? Un segundo no más; voy a terminar este párrafo... No lo esperábamos.

GASTON.—En efecto... Así como yo no creía hallarla aquí, mi querida señora...

FANNY.—(**Haciendo funcionar la máquina de escribir como si terminara algún trabajo**). Es muy natural, desde que usted no supondría, en mí, estas ocupaciones. Siempre ayudo a Marcelo en sus asuntos... Pero, hágame el bien de sentarse! Hemos mandado al dependiente, recién....

GASTON.—(**Fríamente**). Mil gracias; ya voy a marcharme.

FANNY.—¿Está usted citado con mi esposo?

GASTON.—No, señora. (**Pausa**). ¿Está el señor Armaury?

FANNY.—Ahí está, en la pieza contigua con un abogado, pero dentro de un momento lo tendremos aquí si es que usted desea verlo. Aunque... (**Deja de escribir, va a la puerta de la derecha y la entreabre**). Todavía estás ocupado con el señor Rivet, amigo mío? No, no, nada... Una visita... Hace un rato... (**Vuelve a cerrar la puerta**).

GASTON.—No quiero molestarlo.

FANNY.—(**Arreglando los papeles sobre la mesa**). ¿Cómo está la señora de Charance? ¿Y su papá?

GASTON.—Muy bien; gracias.

FANNY.—Estoy atrasadísima con ellos, pero hemos tenido un trabajo durante todo este tiempo....

GASTON.—No sabía que usted ayudase a su esposo.

FANNY.—Es decir... Figúrese que como pasatiempo aprendí a escribir a máquina y el pasatiempo ha resultado de utilidad. De vez en cuando tomo borradores de alguna defensa... **(Silencio)**. Su hermanita sigue bien?

GASTON.—Sí, gracias. Pero veo que estoy molestándola.

FANNY.—Nada, absolutamente; se lo aseguro. Además, ya he terminado. **(Deja la mesa y se acerca a Gastón)**. Y dentro de un rato nos iremos. He organizado un té en Ritz y es indispensable que todos vayamos a las cinco. ¡Ah! ¡Y esto no es lo peor! ¡Figúrese que después será preciso comer a la carrera para tener tiempo de asistir al ensayo general en la Opera!

GASTON.—¡Es cierto que hoy tenemos ensayo en la Opera! Ya lo había olvidado y debo asistir a él.

FANNY.—De modo que nos encontraremos luego.

GASTON.—¿Y ha pasado usted el dia con el señor Armaury?

FANNY.—¿Qué le extraña a usted? Cuando se lo he dicho...

GASTON.—**(Después de titubear, adopta bruscamente una resolución)**. Pues bien; es estúpido, imbécil y todo lo que se quiera pero con usted seré franco. Me han hecho víctima de una broma que ahora no tengo inconveniente en referir aún cuando merezca sus burlas. Una broma de muy mal gusto, por cierto...

FANNY.—¿De qué se trata?

GASTON.—Júreme que no se lo comunicará al señor Armaury. A pesar de nuestra amistad podría fastidiarse.

FANNY.—Como usted quiera. Lo escucho.

GASTON.—Hace un rato, después de almorzar, estaba solo con el secretario, cuando llegó el correo. Abrió las cartas como de costumbre y me entregó una, valiéndose de grandes precauciones. Estaba dirigida a mí padre, pero el buen hombre, después de leerla, no se animó a hacerla llegar a su destino, optando por mi intervención. **(Sacando un papel del bolsillo y entregándoselo a la señora Armaury)**. Aquí la tiene usted.

FANNY.—**(La lee y después ríe)**. Pues bien, muy agradable para su hermanita!... No tiene importancia pero, de cualquier modo, es delicado. **(Se interrumpe Luego fríamente)**. Y lo peor de todo es que habla de su presencia aquí...

GASTON.—¡Por favor, señora, no vaya a creer usted que lo he tomado en serio! ¡El señor Armaury raptándose a mi hermana!...

FANNY.—**(Señalando el salón de espera)** ¡Chit!

GASTON.—**(Más bajo)**. La prueba de mi incredulidad está en la relación de cuanto ha ocurrido.

FANNY.—Ni siquiera puedo darle las gracias.

GASTON.—¿Un reproche? ¿Qué hubiera hecho usted en mi lugar?

FANNY.—Ni se me hubiera ocurrido venir.

GASTON.—Yo no hubiese venido, créalo usted, pero hay algunas coincidencias que asustan y que explican los errores de la justicia. Figúrese que Diana ha ido a despedirse del abate Roux... Usted sabe, nuestro antiguo preceptor.

FANNY.—Sí, sí; estoy al corriente.

GASTON.—Entonces sabe usted que está enferma y que mis padres por prescripción médica han resuelto que cambie de aire... Pues bien; póngase en mi lugar y dígame que hubiera hecho considerando ese viaje tan repentino y la ausencia de mi hermana precisamente hoy... Recién ahora comprendo que he sido un simple imbécil y lo declaro sin la menor dificultad.

FANNY.—**(Reflexiona Duego le entrega la carta)**. Ahora lo disculpo.

GASTON.—**(Reanimado)** ¡Lo que pueden estos anónimos! Y este, sobre todo, que va más allá de los límites.

FANNY.—Es de algún criado seguramente. Una letra vulgar...

GASTON.—Alguien de afuera, que ignora las costumbres de la casa, puesto que desconoce la práctica de hacer abrir toda la correspondencia por el secretario, y nadie de nuestra amistad, seguramente, desde que no es posible la más leve sospecha sobre las relaciones de Diana con el Sr. Amaury. Han echado la carta al correo horas antes de la cita que menciona como si procedieran precipitadamente, como si acabasen de conocer la noticia... **(Fanny aprueba)**. En fin, no importa ;rompamos esta imundicia.

FANNY.—Muy bien, pero a condiciones de que guarde usted los pedazos en el bolsillo porque a mi marido le sería desagradable conocer el objeto de su visita. Con seguridad que no habría de tomarlo tan agradablemente como yo! **(Ríe)**.

GASTON.—Esté usted segura que ni el señor Armaury, ni mi padre, ni nadie llegará a enterarse de esto. **(Rompe la carta y echa los pedazos al bolsillo del sobretodo)**.

FANNY.—¿Y si ve a Marcelo, cómo va a explicar su visita?

GASTON.—Tiene por objeto invitarlo a cazar con los de Ligne, en Ramboillet, el domingo próximo. Queda hecha la invitación y me marcho...

FANNY.—**(Va a dejarlo salir y luego se arrepiente)**. No; de ninguna manera; de ninguna manera. Quiero que le de un apretón de manos. Tendrá una verdadera satisfacción... **(Va a la puerta de la derecha y la entreabre)**. Marcelo, ¿has terminado? El señor de Charance está aquí... Sí, Charance... **(Se vuelve sonriente hacia Gastón)**. ¡Aquí está!

ARMAURY.—**(Entrando. Simula la más viva sorpresa)**. ¡Cómo! ¿Usted? Buenos días, Gastón. Creí que era su padre.

GASTON.—Perdóneme, querido, si lo molesto. Pasaba por el muelle Malaquis y pensé trasmitirle una invitación de los de Ligne para el domingo en Ramboillet. ¿Quiere acompañarnos a hacer unos cuantos tiros?

ARMAURY.—**(Ofreciéndole cigarrillos)**. Si puedo, con el mayor gusto.

FANY.—Permítame el sombrero Gastón. **(Le toma el sombrero de copa)** Supongo que dispondrá todavía de algunos minutos...

ARMOURY.—**(Bajo a su mujer)**. ¿Por qué lo haces quedar? Dame la llave.

FANNY.—**(Bajo)**. ¡No! **(En alta voz)**. ¿Le gusta la caza?

GASTON.—¿La caza?... Sí; lo que no me gusta es el tiro a la paloma, usted comprende... le encuentro un tono de salvajismo...

FANNY.—Todo en la vida es cuestión de tono.

GASTON.—Pues, ignoraba completamente que la señora le ayudase en sus tareas.

FANNY.—¿Fuego? Ahí... **(Le indica un aparato eléctrico para encender cigarrillos y Gastón va a encender el suyo)**

GASTON.—**(Al pasar frente a la mesa de trabajo la señala)**. De modo que es ahí, en ese escritorio, donde tantos hermosos discursos...

ARMAURY.—**(Por lo bajo a su mujer)**. ¡Dame esa llave, dame esa llave! Te lo suplico... Es el momento de hacerla salir.

FANNY.—No.

ARMAURY.—¿Quieres terminar de una vez con ese jueguito? **(Fanny hace unos instantes que juega con la llave, dándola vuelta entre sus dedos)**.

FANNY.—**(Mirándolo con ironía en voz baja)**. Sufres ¿eh? **(En voz alta y dirigiéndose a Gastón cariñosamente)**. ¿Qué hacía usted en el muelle de Malaquais? Supongo que no andará muy a menudo por la ribera izquierda...

GASTON.—Tenía que ir a casa de un anticuario... Veo un horario de ferrocarril abierto sobre la mesa ¿Van ustedes a ausentarse?

FANNY.—**(Con un movimiento prontamente reprimido)**. Estábamos consultándolo porque, en efecto... Marcelo tiene que hacer una defensa en Var y aprovecharemos la ocasión para deternernos en Monte Carlo.

GASTON.—¿Piensan estar mucho tiempo allí?

FANNY.—No; algunos días... **(En este momento se oye el ruído de un automóvil en el patio. Fanny mira a su marido y le dice en voz baja)**. ¡El automóvil! Lo habías encargado para las cuatro. **(Se oye la corneta dando aviso)**.

GASTON.—¿El automóvil de ustedes? Conozco la corneta.

FANNY.—Sí; viene a buscarnos. Se ha adelantado un poco pero tenemos que... apúrate Marcelo... tenemos que estar en el Britz dentro de media hora.

ARMAURY.—**(Sin comprender)**. ¿En el Britz?

FANNY.—**(Haciéndole un gesto)**. Sí ¿no te acuerdas?... el té...

ARMAURY.—¡Ah! Sí, sí... es verdad...

FANNY.—**(Temiendo que el traje de Armaury, inapropiado para la fiesta infunda sospechas a Gastón)**. Vas a ir de saco ¿verdad?

ARMAURY.—Sí... con un sobretodo...

FANNY.—Naturalmente...

GASTON.—Me voy; estoy molestándolos.

FANNY.—¡No se vaja usted! Saldremos los tres juntos.

ARMAURY.—**(En voz baja a su mujer)**. ¿No comprendes todavía? Voy a mandarla a su casa en el automóvil. Es el momento. ¡La llave!...

FANNY.—**(No contesta y se dirige a Gastón)**. ¿Por qué lado va usted? Lo llevaremos.

GASTON.—¡Oh! No se molesten. Voy por distinto camino; vuelvo a casa.

FANNY.—No importa; lo llevaremos. Pero antes permítame que pida un dato a Marcelo sobre una frase que hoy me dictó y que no me parece muy clara.

GASTON.—Señora, no faltaba más...

FANNY.—**(En voz alta, alejándose de Gastón, después de haber tomado unos pliegos del escritorio)**. Este levantamiento de citación... Está un poco confuso... aquí... **(Fanny atrae a su marido, teniendo un pliego en la ma-**

no. Con una mirada se asegura de que Gastón está entretenido ojeando un libro. Entonces, grave, mirando el pliego). Escucha; escucha bien; aquí está la llave. Reflexiona en la importancia de la entrega de esta llave! Yo podría ir abrirle... hacerla bajar... Pues bien; no lo hago; hayo lo que me pides. Tómala. **(Lo mira fijamente)** Reflexiona, Marcelo; eres libre. Procede de acuerdo con lo que te dicta tu conciencia. **(Le da la lave).**

ARMAURY.—**(En voz baja).** Dame... **(Toma la llave)** Ten cuidado de que no la vea por la ventana. **(En voz alta).** Enseguida estoy con usted querido Gastón. Voy a ponerme el sombrero; un minuto.

GASTON.—Perfectamente, querido. **(Armury sale, naturalmente por la izquierda, sin apurarse).**

ESCENA IV

FANNY, GASTON

GASTON.—**(Enseguida de marcharse Armaury).** ¿Ve que no ha extrañado mi presencia? **(Se levanta).**

FANNY.—**Bruscamente).** Siéntese otro momento.

GASTON.—¿Para qué?

FANNY.—**(Se coloca en el ángulo del escritorio para, en caso de levantarse, impedirle que vaya a la ventana).** Nada importante... He estado tratando de averiguar en la guía el tiempo que se necesita para ir a Monte Carlo, con exactitud, pero... no sé... la falta de costumbre...

GASTON.—No hay para que buscar; perfectamente puedo decírselo de memoria. Monte Carlo... necesita exactamente...

FANNY.—**(Insistiendo para hacerlo sentar).** ¡Oh! me he explicado mal No es el tiempo exacto lo que necesito, sino la hora de llegada por el tren especial.

GASTON.—Nada más sencillo. **(Se sienta y consulta el horario. Durante este tiempo se ve en la fisonomía de Fanny que escucha atentamente Gastón hojeando).** Veamos: 36... París... París-Liyon... Aquí está. Va usted a descansar o a jugar?

FANNY.—Sí; a jugar. Es cosa apasionante y atrayente el juego. ¡Arriesgar en un sólo movimiento, en un gesto, quizá toda la felicidad!... Eso tiene emociones.

GASTON.—Aquí está... a las dos en Cannes... ¿Pero usted juega tan fuerte?... Cannes Niza...

FANNY.—¡Un juego terrible! Nunca ha tirado usted en un minuto, en medio minuto no más, todo su capital de dicha sobre la carpeta, así, instintivamente, como si arrojara un cigarrillo. Ahí tiene: toda su vida dependido de ese medio minuto.

GASTON.—Monte Carlo... las seis... las seis y diez. Creo que le conviene ir porque noto en usted cierto rencor al juego. Algo me dice que tiene miedo de perder. **Hace un movimiento como para levantarse).**

FANNY.—**(Vivamente).** No, no... un momento... tengo algo que decirle... ¡Oh, nada de importancia!... No se ha fijado usted en el anillo que Marcelo me regaló anteayer? Bonito ¿no es verdad? **(Le tiende la mano).**

GASTON.—Hermosa piedra... Sobre platino. Está montada con muy buen gusto.

FANNY.—**(Interrumpiéndolo)** ¡Chit! Un segundo. **(Escucha. Se oye el ruído que hace el automóvil al ponerse en marcha en el patio).**

GASSTON.—¿Qué sucede?

FANNY.—Nada. **(Empeñada en llamarle la atención con el anillo).** Está bien montada ¿verdad? Me lo regaló anteayer... un anillo de reconciliación... ¿No es cierto que tiene importancia un recuerdo así? **(Se oye el ruído del automóvil al virar y luego la corneta toca alejándose).**

GASTON.—¿Estaban ustedes disgustados?

FANNY.—Una de esas pequeñas desavenencias... Es el cariño. **(Después que el automóvil sale, suspira, al mismo tiempo que demuestra un nuevo malestar).**

GASTON.—Decididamente, le ocurre a usted algo. Parece sufrir...

FANNY.—Sí; estoy algo enferma; me duele la cabeza. **(Con esfuerzo).** Una buena atención de mi marido ¿verdad? Es perla de cierto valor...

GASTON.—**(Riendo).** ¡Perla! diamante querrá usted decir.

FANNY.—¡Ah, sí! ¡Pero qué torpe soy! **(Silencio. Espera un segundo y luego llama, temerosa y con voz poco segura).** ¡Marcelo!... **(Espera y vuelve a llamar muy fuerte).** ¡Marcelo!

GASTON.—¿Quiere usted que vaya a buscarlo?

FANNY.—No, no, es necesario; va a volver; ha dicho que tardaría un minuto. Ahí está... ya viene... ya viene...

GASSTON.—Pero si necesita usted algo...

FANNY.—Hágame el bien de llamar al conserje; ahí está la campanilla sobre el escritorio. **(Gastón se acerca a la campanilla, Fanny se dirige**

a la puerta del corredor sosteniéndose en una silla). Es curioso no puedo dar un sólo paso.

GASSTON.—Pero siéntese usted señora, siéntese... Este hombre que no viene... Voy a buscarlo. **(Va de prisa y entra a la antesala. Se oye que se cruza con el conserje que viene corriendo. Fanny no se mueve siempre apoyada en la silla. El conserje Fabián entra apurado y detrás de Gastón que discretamente no se apura a cerrar para dejar que hablen)**.

ESCENA V

FANNY, GASTON, FABIAN

(El conserje entra).

FANNY.—¡Fabián! ¿Quiere usted abrir esa puerta? **(Señala la puerta del corredor, Fabián la abre)**. Hágame el bien de fijarse si en el corredor hay dos valijas. **(Fabián va. Vuelve un segundo después)**.

FABIAN.—No, señora.

FANNY.—**(Le hace seña para que se acerque y le habla en voz baja)** Acaba de marchar el automóvil ¿no es cierto?

FABIAN.—Sí señora.

FANNY.—¿Iba el señor? z

FABIAN.—Sí señora. **(Silencio. Fanny cierra los ojos)**.

FANNY.—Y... otra persona también ¿no es verdad? **(Espera la contestación con la cabeza levantada y sin abrir los ojos)**.

FABIAN.—**(Muy bajo)**. Sí señora.

FANNY.—**(Despide a Fabián, imperceptiblemente, con la mano)**. Está bien ¡váyase, váyase! **(El conserje sale por la puerta del corredor. Cuando queda sola con Gastón que acaba de acercarse, lanza un grito de desesperación y arroja al silla en que estaba apoyada)**. ¡¡Ah miserable¡ ¡Cobarde! ¡cobarde! ¡Se ha ido, se han ido!... ¡Sí; era verdad!... Su hermana estaba aquí!

GASTON.—**(Dando un salto)**. ¿Qué era verdad?... ¿Lo del anónimo?

FANNY.—¡Sí; era verdad! ¡Se han ido! ¡Se han ido!

GASTON.—**(Excitado)**. ¡Y usted ha dejado que se vayan! Sabía que mi hermana estaba ahí... los teníamos... y los ha dejado escapar... ¡Eso es una locura!

FANNY.—Sí; ahí estaba. Yo fingí y los cubrí con mi presencia después de haberlos sorprendido. Había encerrado bajo llave a su hermana y hace un rato, delante de usted entregué la llave a Marcelo.

GASTON.—¡Una locura! ¡Una locura! **(Precipitadamente toma el bastón y el sombrero)**.

FANNY.—Y se ha marchado, ¿ha visto usted con qué hiprocresía? Lo ha hecho a pesar de mi actitud llena de generosidades... ¡oh! ¡Qué disgusto! ¡Hombre inmundo y vil! ¡Lo peor de lo peor, es lo que él merece! Se lo entrego.

GASTON.—No se puede perder ni un sólo minuto. Es preciso telegrafiar a todas partes... no dejarlos huír... ¡Oh mis padres! ¡Mis pobres padres, cuando sepan!... ¡Sí la ha deshonrado, haga lo que haga, no se me escapará! ¡Lo tendré! ¡Vaya si lo tendré! **(Listo para marcharse vuelva hacia ella)**. ¿Es usted de los nuestros?

FANNY.—¡Oh, sí! Con toda el alma!

GASTON.—Entonces, ¡Venga, venga! **(La lleva precipitadamente)**.

TELON

ACTO TERCERO

En Londres. Un salón del hotel del parque en Grenwich. Por una gran ventana se divisa el Támesis; a lo lejos Londres envuelto en nieblas. Mesas, plantas, muebles adornos, mesas de té. a la izquierda, puerta de entrada. A la derecha, haciendo pendant, otra puerta. En el centro un asiento circular (borne) de felpa

ESCENA PRIMERA

ARMAURY — EL SECRETARIO — MOZOS

(Armaury entra acompañado de su secretario y precedido de dos mozos de hotel).

MOZO 1o—Ask this genteleman if this drawing room will suit him y think he does not understan english.

MOZO 2º—¿Shall i ask they requiere anithing?

MOZO 1o—No leave them alone. **(Sale)**.

MOZO 2º—Esta es la sala que el señor pidió esta mañana por teléfono.

ARMAURY.—Bien. Si alguien viene preguntando por el señor Armaury, hágalo pasar inmediatamente. ¿Me ha comprendido?

MOZO.—Muy bien, Armaury... ¿Nada más, señor?

ARMAURY.—Nada más. **(Queda solo con el secrtario)**.

EL SECRETARIO.—No será un error la aceptación de esta cita en

Greenwich, señor Armaury? Me pregunto por qué no la han fijado en el centro de Londres.

ARMAURY.—Me he visto obligada a aceptarla. Sí; moralmente, me he visto obligado a aceptarla. Le aseguró, mi amigo que no solo para hacer una que otra nota sobre los asuntos que he dejado en suspenso, lo he hecho venir de París. Hay algo más. Ahora que estamos solos en este hotel y que mi Dianita no puede hacer objeciones, le hablaré claramente.

EL SECRETARIO.—No creo que el señor me haya supuesto capaz de traicionarlo o de aconsejar a la señorita de Charance...

ARMAURY.—¡Ah! es que he recibido una dura enseñanza. Hemos sido sorprendidos y hemos tenido un trabajo de mil demonios para escapar de París, nada más que por indiscreción de una sirvienta. El novio la espiaba. Ella nos prometió reservas pero, con todo, acabó por enterarlo. El hombre se opuso a que la muchacha saliera de París y como nada lograra directamente trató de hacer fracasar nuestros planes valiéndose de denuncias anónimas. ¡Ha sido horrible! ¡No se figura usted por qué trances hemos tenido que pasar! ¡Ya ve si después de eso son justas mis desconfianzas. Le ruego que me perdone; he querido llegar al punto mismo de la cita para hacerle saber la verdadera causa de mi aceptación. Bastante me ha costado ocultársela a Dianita! Siéntese ahí... ¿Sabe por qué no podía rehusarla? Porque, ayer, ante dos testigos que me mandó Gastón de Charance al Savoy hotel, declaré que no me batiría.

EL SECRETARIO.—¡Cómo, dos testigos!... ¿Lo ha provocado? ¿Lo ha provocado en territorio extranjero?

ARMAURY.—Y no he querido batirme..

EL SECRETARIO.—Bien hecho.

ARMAURY.—¡Oh! Eso se dice con facilidad pero hay que ver las causas. No quiero batirme porque no puedo, porque me lo impide esa criatura a quien adoro en una forma imposible de explicar con palabras. No quiero que me maten porque ella necesita mi vida. Puedo parecer cobarde, pero en realidad, rehusando el duelo, hago proezas de valor. Ahora me piden una cita... En el primer momento pensé rehusarme también, pero luego he pensado que, huyendo de todo, con justo derecho podrían considerarme un hombre vil a pesar de las explicaciones que dí ayer a los testigos.

EL SECRETARIO.—Pero esa carta en que le dan cita, está concebida en términos muy vagos y tan ambiguos que ni siquiera es posible saber quien la manda. Esto es sencillamente una temeridad! ¡Yo ignoraba que hubiesen venido a provocarlo! De no ser así, me habría apresurado a pedirle que no aceptara esta cita. No creo en emboscadas pero..: ¿quién se presentará ante usted?

ARMAURY.—Mi amigo, todas las hipótesis son posibles. El hermano, el padre, los dos juntos... uno de los testigos tal vez!... He recurrido a todas las hipótesis, a todas, hasta a las que presentan mayores peligros.

EL SECRETARIO.—Mi querido señor, hay que prevenir...

ARMAURY.—Es mi opinión y por eso es que voy a entregarle dos cartas...

EL SECRETARIO.—¿Cómo es eso?

ARMAURY.—Aquí están y nada de discusiones. Debo advertirle que no creo en escenas dramáticas, sea quien sea mi interlocutor; aunque fuera el hermano mismo, como sospecho, tengo para justificar mi actitud, palabras bien convincentes y decisivas que no dejarán de dominar su cólera por grande que sea, pero, como usted dice, hay que prevenir. Oígame: si ocurriera alguna desgracia... Aquí tiene una carta para Dianita. Se la entregará usted con los mayores miramientos. ¡No, no, ni una sola palabra! Déjeme continuar... La otra es para mi notario; la entregará después.

EL SECRETARIO.— Señor Armaury, no tendré que cumplir tan ingrata misión. Luego, en el Savoy Hotel, le devolveré las dos cartas. Tendremos el gusto de verlas arder en la chimenea.

ESCENA II

LOS MISMOS y el **ABATE ROUX**

EL ABATE.—**(Presentándose)**. ¡El abate Roux!

ARMAURY.—¿Usted señor abate? Recuerdo haberlo visto en casa de los Charance... ¿Está usted solo?

ABATE.—Eso no importa. Soy yo quien ha solicitado la entrevista.

ARMAURY.—Estoy a sus órdenes. **(Apretando la mano al secretario y sonriendo al hablarle)**. Hasta luego mi querido amigo. Deseaba que cuando se abriese esa puerta usted estuviera aquí. Ahora me imagino que estará usted satisfecho. Hasta luego. **(El secretario sale y Armaury queda solo con el abate)**.

ESCENA III

EL ABATE, ARMAURY

ARMAURY.—¡Es usted, señor abate, la última persona a quien pensé encontrar aquí... pero sea! ¡Ya que lo mandan, lo escucho!

ABATE.—Sí señor; mi presencia debe parecerle extraña, pero no lo es ¡Debo ser, ante todo, intercesor, cumpliendo mi deber con una familia a la que estoy estrechamente ligado. Ayer se rehusó usted a oír la voz de la fuerza y de la sangre... Ha hecho bien. Es mi parecer de sacerdote, que, me apresuró a decirlo, he conseguido que prevalezca en esa familia desesperada cuya representación traigo aquí. Pero no vea en mí al sacerdote. Este hábito no tiene ahora ninguna significación particular; vea usted al amigo, al amigo más abnegado, al más independiente y el más pacífico que los Charance han podido elejir.

ARMAURY.—Una pregunta, señor abate ¿Cómo se encuentra usted en Londres? Creí que me las tendría que ver únicamente con Gastón de Charance, creí también que el padre estuviera acá, pero su presencia me hace suponer...

ABATE.—¡Una vez más, eso no importa! ¡Le han seguido, pero como ya le han alcanzado poco debe interesarle el autor de la persecución. El señor Gastón de Charance y su padre me han pedido ayuda y yo he abandonado todas mis tareas considerando que mi intervención es necesaria... sí; necesaria! Señor Armaury, voy hablarle y espero que, cuando haya oído, reflexione y abandone su actitud.

ARMAURY.—¿Y qué es lo que le hace esperar semejante cosa?

ABATE.—¡El dolor, señor Armaury, el dolor! No crea que voy más allá de lo que me importa; prescindo por completo de la señora Armaury. No volveré a nombrarla. Ella ha obrado independientemente. Yo estoy aquí sólo para defender los intereses... **(Movimiento de Armaury)**. El buen nombre de esa familia a que estoy tan estrechamente ligado y a la que usted acaba de sumir en la más horrible aflicción. Sí, horrible, y usted ni lo imagina siquiera, porque de otro modo hubiera sentido titubear su corazón no pudiendo evitarle ese movimiento espontáneo que repara y borra. Casi todas nuestras malas acciones débense a la ignorancia de sus consecuencias; las cometemos, pero hay imágenes que asaltan el cerebro después, sacudiendo el espíritu y obligando a la rectractación. Se lo ruego: oígame; todavía hay tiempo... No ha habido escándalo y podemos devolver esa criatura a sus padres. Su viaje a Inglaterra puede tener explicación, puede ser un viaje de negocios... Usted ve que no hay testigos a quiénes podamos temer... ¡Hagámoslo, señòr Armary; es preciso! ¡Oh! ¡Cómo se apiadaría usted si viese lo intenso que es el dolor en esa familia! ¡En la señora de Charrance, ya no hay más que un cuerpo sin alma; así, como lo oye. Quería a esa criatura, más aún, la adoraba! Y con un apasionamiento, con una ingenuidad... En cuanto al pobre padre... Ahí tiene usted un hombre anonadado, deshecho, que deberá levantarse para dar cuenta de su hija al mundo! ¡Oh, ya lo sé! No hay descripción posible. ¡Sería preciso que usted viera, que viera!... Me dirá usted que ha obrado obedeciendo a un movimiento involutanrio, en unos de esos momentos trágicos que consiguen anular las más grandes inteligencia... eso que llaman lo hermoso sombrío, puesto que hay también en el mal una hermosura sombría a la que se rinden los hombres pensadores, Pero, señor Armaury, también hay lo hermoso radiante! Desistirá usted y recibirá otra emoción que es muy dulce, muy pura, muy grande! Porque usted va a devolverles esa niña ¿no es verdad? En nombre del dolor, se lo ruego. Debe hacerlo, señor Armaury; lo exige un deber sagrado.

ARMAURY.—Señor abate en su espíritu, en su conciencia y en toda su buena fe, veo un convencimiento absoluto de que yo sería un cobarde sino entregara esa criatura. Pues bien; yo no pienso así. Creo que, si la entregara, sería cobarde.

ABATE.—¿Cobarde?

ARMAURY.—Sí. No voy a discutir mi falta; admitamos que he procedido mal, abominablemente... ¡sea! Tampoco voy a justificar al hombre que abandonó su deber bajo el peso del cariño, porque eso sería bregar por la libertad absoluta de nuestras pasiones... No; el amor es mi atenuante, pero nada más que un atenuante. Lo que voy a dcirle es que la falta ya está cometida y que es irreparable; ahora no hay frente a nosotros nada más que sus consecuencias. Pues bien; sin comprenderlo, porque su excesiva fe en la moral que practica le impide comprenderlo, viene usted a proponerse una villanía. Señor abate, ahora estoy ante deberes y responsabilidades nuevas, que me ha creado esa niña en el nuevo hogar. ¡Oh! no haga usted ese gesto! ¡Hogar! Tal es la palabra; no le tengo miedo. Me encuentra usted con una carga de alma y destino. Y de que alma y de que destino tan frágiles! ¡Si la abandonara, sería un cobarde y un hipócrita! Sí; en nombre de los mismos principios que usted glorifica en el altar y que unen a los seres obligándoles a afrontar todas las consecuencias de la unión, en nombre de esos mismos principios, declaro que no tengo derecho de imponer a esa niña una vida pasada que ya no puede vivir aún recurriendo al máximo de la

resignación. Ahora soy guardián de un espíritu y de un cerebro que yo, yo mismo, he animado, y que necesitan de mí; estoy convencido de que les hago falta. ¡Ah!! ¡Si no tuviera esa convicción sería otra cosa; entonces sabría hasta olvidar mi propio cariño! ¡Pero aquí se trata de un amor mutuo que a usted podrá parecerle horrible, pero que, a mi modo de ver, es grande, tan grande que llega a la sublimidad. Yo debo estar a su lado para defenderla, porque las verdaderas desgracias la alcanzarían en cuanto desapareciese yo. Por ella estoy dispuesto a afrontar todo; todo, todo, hasta la muerte! ¡Oh! ¡Vea usted si soy orgulloso! ¡La defenderé de todo y de todos, la haré feliz; haré que se sienta alegre, sana... No busco su perdición, señor abate; quiero salvarla! ¡Es cuestión de deber! Entiéndame; ante mi conciencia declaro que, procediendo así, procedo como el más honrado de los hombres. Usted, en nombre de una moral que lo enceguese, viene a proponerme una infamia. ¡Sería una infamia devolver esa criatura!

ABATE.—Estamos separados, señor, por todo un océano de ideas y convicciones. ¿No comprende usted que está defendiendo la bigamia, pura y simplemente? Vea que no pertenecemos al futro; somos gentes de hoy y debemos someternos a sus costumbres y a sus leyes. **(sonriendo)**. mi querido maestro.

ARMAURY.—Aprecio el calificativo, pero me extraña que hable usted de la sociedad como uno de sus miembros... Creo señor abate que usted, más que yo, figura en el margen de la sociedad, desde que falta al más elemental de sus deberes. Mientras yo he cumplido con exceso la ley del amor usted la ha renegado y para la sociedad es lo mismo, peor aún!

ABATE.—Se equivoca. Mi celibato no figura al margen de la sociedad y, de cualquier modo, a nadie molesta.

ARMAURY.—¡Vamos, vamos! Es usted un encarnizado individualista, mi querido señor, pero por más que se me presente a manera de campeón de la vida moderna, no creo que pretenda demostrarme una situación armónica en cosas de amor. Ahí tiene usted mi nuevo hogar... se me prohibe cumplir lo que está ordenándome la conciencia. ¡Qué perezca esa criatura pero que se salven los principios! No, no. He tragado muchos códigos en mi icarrera y puedo afirmarle que la sociedad no ha encontrado aún la solución del amor.

ABATE.—Pero la religión, sí.

ARMAURY.—La religión tampoco. Ha hecho del amor la base del pecado y basta con eso. Es un error inperdonable debido al que ahora no nos podemos entender y que hace una cobardía de lo que yo llamo valor.

ABATE.—Valor fácil que acumula desastres y ruinas. Es el valor del mínimo esfuerzo...

ARMAURY.—¡Usted se equivoca! ¡Valor uqe evita las grandes ruinas, señor abate! Usted me habla de otras; las de esa familia en su desesperación, pero que son ruinas del amor propio, de convicciones muy respetables y nada más. Allí no es tocar nada esencial. Esas gentes estarán muy afectadas, se lo concedo, pero no perderán su hija, al menos, si no quieren perderla. El dolor que usted viene a describirme resulta insignificante, por completo insignificante, comparándolo con el que experimentaría esa pobre niña si yo cambiara de actitud! Créame: voy hacia las más grandes ruinas, para evitarlas.

ABATE.—**(Que se contiene difícilmente hace unos instantes)**. ¿Hacia las más grandes?... He prometido no pronunciar el nombre de la señora Armaury... **(Silencio)**.

ARMAURY.—**(Al oir este nombre se sienta tristemente. Cambia el acento de su voz)** Sí, mi pobre mujer, señor abate, ¡mi pobre mujer!... Ese es el único desastre. ¡Ah, la infeliz! Lo que es verdad para un amor también es verdad que el otro. Están en balanza los dos hogares. ¡Terrible balanza! Calcular... ver el platillo que más se inclina... **(Con esfuerzo)**. Pero, permítame: soy yo el único que puede medir y estimar el grado de las dos catástrofes. Conozco a mi mujer; es valerosa, enérgica...

ABATE.—¡Oh!

AMAURY.—No voy a especular este punto, créame. No hago más que comprar los dos desastres. Sufrirá, sufrirá mucho, pero vivirá mi mujer, mientras que la otra con su amor nuevo, sin auxilios, con ese amor que lo ignora todo, que recién empieza... ¡Oh! ¡Temible es el amor cuando recién empieza! ¡No! no es posible la duda; mis verdaderos deberes están en el seno de este hogar. **(Golpea resueltamente la mesa con el puño)**. usted no lo cree, naturalmente. Los hombres que vivimos con independencia constituímos una pequeña minoría y nuestros actos, aún aquellos de más grande honestidad, deben parecer locuras o crímenes.

ABATE.—¡Una minoría que pretende lo imposible y que debe fracasar! ¡Felizmente! Pero no me arrastrará usted al terreno de la elocuencia; me lo he prometido. No busco más que sencillez y claridad.

ARMAURY.—No tengamos vergüenza de nosotros mismos, señor abate: no hagamos aquí elocuencia de púlpito. Lo podríamos, y de esto no hay duda, puesto que somos viejos adversarios. Desde tiempos remotísimos venimos encontrándonos. Usted es la fe; y yo soy el libre pensamiento. Pero aquí tenemos que abdicar **(Muy sencillamente)**. Hoy no somos más que misioneros de las almas cuya defensa se nos confía.

ABATE.—**(Toma su sombrero después de un rato de reflexión)**. Bien; donde nada he conseguido quizá otros tengan más suerte... creo que no he llegado a la súplica; no he hecho más que hablar en nombre de los que quiero...

ARMAURY.—¡Hermosa frase... El interés de los que uno quiere! **(Lanza un gran suspiro, después mira al abate y habla con voz temblorosa)**. Separémonos, señor abate. El amor a quien obedezco es algo que usted no conoce y que nunca podrá conocer. No trate de juzgar una cosa a la que ha renunciado y cuyas bellezas le están prohibidas. Debió ser usted el último de mis adversarios en este asunto. Ahora, al salir dígase a usted mismo que ha dejado sin abrir una puerta por que atrás de ella hay tesoros que le están vedados.

ABATE.—Me basta con los míos. Sus tesoros brillan en explendor de orgullo y soledad; los que yo tengo brillan a la luz meridiana, a la luz de un amor sin tacha.

ARMAURY.—Ni una palabra más, señor abate. Cada uno tiene su concepto, humano o divino, del amor, y, con el concepto una convicción inquebrantable. Vuelva al seno de esa familia y dígale que he tomado mi presa y que me la guardo!

ABATE.—**(Después de un silencio)**. No me queda, pues, nada más que ir a dar cuenta del fracaso de mi misión. No estábamos hechos para encontrarnos, señor Armaury, pero nunca falta a las grandes avenidas un callejón común; es el callejón de la angustia. No me he hecho ilusiones y ya ve que no he recurrido a la súplica. Mi puesto, indudablemente, no está aquí; usted lo ha dicho e inconscientemente ha pedido otra voz en lugar de la mía; la voz que debía oir, la que debe oir... Permítame que ante ella me retire...

ARMAURY.—**(Inquieto)**. ¿Qué quiere decir eso? ¿A quién hace alusión?

ABATE.—**(Abriendo la puerta de la derecha)**. A la persona que está ahí, en ese corredor y que sólo espera una señal mía para entrar. Señor Armaury... **(Lo saluda, luego hace una señal. Queda esperando unos segundos para dejar que pase la señora Armaury)**. ¡Entre señora! Deseo que le vaya mejor que a mí. **(Sale)**.

ESCENA IV

FANNY y ARMAURY

FANNY.—Buenos días, Marcelo.

ARMAURY.—¿También tú? Pobre Fanny...

FANNY.—**(Se apoya)** Creí que tendría más valor, pero con todo... es una emoción tan grande...

ARMAURY.—Sí, muy grande... para mí también... **(Quedan sin poder hablar, como si se los oprimiera la garganta, a regular distancia el uno del otro)**. Siéntate... Ya que ni siquiera nos damos la mano, siéntate ahí... **(Suavemente le indica el asiento circular. Ella se sienta silenciosa)**.

FANNY.—No me esperabas, no creíais que estuviese aquí y ahora te preguntas ¿A dónde irá a parar todo esto? ¿Cuántos son a perseguirme? ¿No es verdad?

¡Oh! ¡es sencillo el problema desde que los demás nada me importan! Créeme que no me preocupo nada más que de tí.

FANNY.—Permíteme que lo dude. **(Se levanta el velo se miran)**. He venido... ¡oh que viaje!... He venido pero no a lo que tú crees. Puedes estar tranquilo, que no voy a presentarte escenas de lágrimas. Nunca lo he hecho y ahora que sufro, que todo está perdido para mí, que soy la más desgraciada de las mujeres, tampoco pienso llorar. Oyeme: mi primera intención fué vengarme, unirme a ellos para venir a llenarte de injurias. Te marchaste el otro día sin la más pequeña delicadeza y yo los seguí de perfecto acuerdo con sus propósitos... Pero, te repito: no traigo ni lágrimas ni venganza. En este momento ellos suponen que estoy a tus pies rogándote; creen que voy a salvarlo todo, que voy a arreglar la situación de un sólo golpe!... No, no. He reflexionado durante el viaje y he conseguido calmarme. No vengo a ofrecerte cuadros de dolor. Eso queda para el aislamiento entre cuatro paredes.

ARMAURY.—Sé que eres incapaz de la menor bajeza, Fanny, aún en el más grande de los dolores.

FANNY.—**(Sonriendo tristemente)**. No tengo más que buenas cualidades ¿verdad? Dílo... dímelo...

ARMAURY.—Sí, realmente, pienso que es la pura verdad.

FANNY.—Eso es lo que encuentro más abominable. ¡Reconocer en mí todas las buenas cualidades y no quererme ni siquiera un poco!

ARMAURY.—Fanny, si me atreviera a explicar... si me atreviera... llegaría hasta decirte...

FANNY.—**(Vivamente)**. ¿Qué me quieres?... Pues bien, no lo hagas, que mentirías inútilmente. Que haya alguna afección... eso sí; te lo concedo. Y hasta pienso que quizá, alguna vez, en los grandes días haya habido algo más...

ARMAURY.—¡Afección, pero grande, muy grande!

FANNY.—Es muy posible, pero nunca has llegado a quererme, Marcelo. **(Titubea)**. ¡Físicamente, nunca! ¡Oh! no protestes. Son cosas que uno no se anima a decirse en quince años, pero que, en momentos como el de ahora, se llega a confesar. Tú solamente me has deseado, y eso, ocho días, un mes quizá... ya ves que preciso... los primeros tiempos de nuestro matrimonio. ¿Y por qué? Valía tanto como las demás, no era fea, no era tonta, tenía admiradores... ¿Por qué? ¡Es injusto! Tu casamiento ha sido un casamiento de razón, mientras que el mío... ¡Oh! ¡Yo te quería, Marcelo! ¡He adorado tu superioridad, y he gozado con tu gloria. Me sentía orgullosa cuando entraba a los salones contigo, y feliz cuando salía pensando que no éramos nada más que los dos en la tierra! ¡Oh, sí! ¡Feliz, muy feliz! **(Con el brazo extendido hacia él como en un reproche desesperado)**. Y eso tú lo sabías; no podías dudarlo.

ARMAURY.—Te dejo hablar y te escucho como si asistiera a un fallo condenatorio. **(Enérgicamente)**. Sin embargo, no es cierto, te he amado y persisto en quererte todavía.

FANNY.—**(Con vehemencia)**. ¡No digas eso, infeliz! ¡No digas eso, no pronuncies palabras cariñosas Mi suerte es saber que no me quieres... es mi salvación... Sin la inquietud preparatoria que vengo sintiendo desde hace años, ese golpe hubiera sido mi muerte; no lo hubiera podido soportar. He sido preparada y de ahí que en mi soledad de hoy tenga energías. Porque no me has querido es que puedo estar aquí; por eso es que podemos hablar en calma, casi tranquilos. Si no fuera por eso, te diría cosas terribles... **(Pestañea rápidamente)**. Cosas que hoy puedo ahogar en mi garganta por más que se esfuercen en salir. Si me quisieras, Marcelo, por poco que me quisieras ya me hubieses llenado de injurias o me hubieras estrechado entre tus brazos.

ARMAURY.—¡Oh Fanny, no es que me falten deseos! Estoy conteniéndome nada más que por temor a un estallido de nuestras sensibilidades. Si no fuera eso... **(Tiene un movimiento hacia ella)**.

FANNY.—**(Al verlo, se levanta con un movimiento de pudor)**. ¡Oh no! ¡Te lo ruego... No he reclamado!! ¡No te acerques a mí. No he venido a llorarte, así como no pienso ir a gritar mi desesperación y tus cobardías; haré una viudez de mucha dignidad.

ARMAURY.—¡Ah, Fanny! Esa dignidad llena de bondades merecía algo mucho mejor de lo que has encontrado en mí; merecía todas las dichas... Pero mejor es el silencio. Deseo evitar explicaciones que al fin y al cabo no habrían de conducirnos a nada bueno. Si no fuera así puedes estar segura de que sabría hallar palabras...

FANNY.—Se adivinan fácilmente; no te preocupes. Excusas, fatalidad, no hay hijos, obligación de dejarme... sí, sí... ¡Muchas gracias! Soy de tu parecer; nada de corazonadas, nada de oraciones fúnebres que resultarían vanas y tan frías como la misma muerte. No; palabras preciosas! **(Se vuelve a sentar)**. Pues bien; he venido con esas gentes para hacerte una pregunta. Puedes estar tranquilo; un sí o un no. Ya conozco la respuesta pero en preciso que tú mismo la des; quiero oírla de tu boca. Te juro no molestarte más en cuanto me hayas contestado. Me iré tan sencillamente como he venido.

ARMAURY.—Habla.

FANNY.—**(Titubeando y cortando las palabras)**. Es una pregunta difícil... En fin, así, con palabras veladas, lo quiero decir... Veamos; crees que será por toda la vida?... Compréndeme: ¿crees que será una de esas eternas... en fin... **(Titubea, no puedo continuar. Espera, con la cabeza levantada hacia él y el cuello inclinado, ansiosamente. Largo silencio)**.

ARMAURY.—**(Sentado frente a una mesa, con la cabeza apoyada en una mano. Con la otra mano acaricia maquinalmente la tabla de la mesa)**. Eso que me preguntas no tiene contestación. ¿Cómo quieres?... La vida es muy larga... **(Habla con mucho trabajo, lentamente, en voz baja)**. Además mi espíritu atraviesa una situación de violencia demasiado grande para sacrificar afecciones...

FANNY.—**(Rápidamente y cerrando los ojos)**. Bien. Comprendido, comprendido. No vayas más lejos. Cuando un hombre como tú responde de ese modo, es inútil insistir. Comprendido, estaba segura de la contestación.

Se trataba de una simple formalidad. No hay nada que hacer: pasarás sobre todo, nos sacrificarác a todos, pasarías hasta por sobre tu mismo dolor. ¡Hemos terminado! **(Sobre el asiento en que se halla su cuerpo tiene una flexión de desfallecimiento. Lentamente se ajusta el tapado y se levanta con sencillez arrastrando los pies al caminar)**. Tengo que pedirte una cosa, una sola pero que me hace mucha falta **(Experimenta un temblor)**. Si por casualidad un accidente... ¡Qué sabemos! ¿verdad? Tantas cosas ocurren de improviso... una vida estúpida como la nuestra... Figúrate un coche en que no se ha advertido... una enfermedad... en fin ¿quién puede responder del porvenir?... Mil cosas... Tienes cuarenta años cumplidos... ella es muy joven... dentro de algunos años quizás un desacuerdo...En fin, escúchame: si alguna vez llegan a separarse... **(Rápidamente como con una sacudida de dessperación)**. Te pido que vuelvas a mi lado.

ARMAURY.—**(Extrañado primero, la mira. Luego se le humedecen los ojos)**. ¡Oh Fanny! Eso de todo corazón Puedes tener la seguridad más completa... Por mis remordimientos y por nuestro viejo cariño te lo juro! **(Silencio)**.

FANNY.—De esa palabra voy a vivir. No puedes imaginar cuanto la necesitaba; sin ella hubiese estado perdida. Ver el vacío negro, todo negro, delante de uno... ¡Oh! no hubiese tenido fuerzas. Ahora sí; ahora pasaré el puente del dolor por largo que sea. Me acompañará la esperanza de encontrarte alguna vez. Allá, lejos, en la penumbra del vacío, habrá un punto fijo que quizá llames ilusión pero que es realidad para mí. Quizá allí nos tome el fin de la jornada. Tendremos nuestra vejez como tuvimos la juventud y partiré al gran viaje apretándote las manos... Esto da interés a mi vida. Ahora ya no me puedo abandonar, como las que renuncian completamente, porque es preciso que, cuando me encuentres me parezca aun a aquella Fenny de la otra época feliz.

ARMAURY.—**(Llorando con la cabeza entre las manos)**. ¡Ah Fanny! ¡Qué grande es todo eso que me acabas de decir!

FANNY.—Ni una palabra de conmiseración, te lo ruego; ni una sola palabra o no tendré fuerzas para levantarme y salir de aquí. ¡Dios sabe las fuerzas que necesito! Procuraré imaginar cualquier cosa... que te has ido a un largo viaje... a dar la vuelta al mundo. Hay mujeres, por ejemplo Teresa Vidal, cuyos maridos están en expedición muy lejos, durante muchos años y soportan muy bien la ausencia nada mas que por la esperanza... ¡la esperanza! Has hecho bien, Marcelo, hablándome con franqueza. Así no perdemos tiempo en recriminaciones que me desesperarían y acabarían por trastornarme. Voy a reconcentrarme En las ideas de mi esperanza. ¡Oh! Ya lo he probado. Esta mañana me dije: "Ya que estoy en Londres, voy a aprovechar". Entonces fuí a Westminster, visité los museos la Nacional Galerie, procuraré entusiasmarme ante algunos cuadros... ¡Oh! ¡No era cosa fácil! Ya he pensado en dos ciudades que ahora tendré tiempo de visitar, he entrevisto mi vida de viajes... La pena más grande que voy a sentir es la de no tener a quien avisar mi llegada... como hoy... Es la primera vez que no escribo: "Querido he llegado bien".

ARMAURY.—Si te has propuesto no usar más que palabras conmovedoras, de esas que atraviesan el alma... puedo asegurarte Fanny, que lo has conseguido! No puedo decirte más que eso, pero lo hago con la más absoluta sinceridad. Oyeme: carezco del poder necesario para modificar hoy los acontecimientos, pero si alguna vez ocurre algo de eso imprevisto que acabas de enumerar, venciendo el poder de nuestras voluntades, entoces Fanny, es hacia ti, hacia ti sola, que correré sin perder ni un minuto!

FANNY.—¿Ves que he hecho bien en venir? Con razón pensaba yo que algo bueno resultaría de nuestro encuentro! Los demás están ahí, esperando, en la creencia de que estamos diciéndonos los más grandes horrores y echándonos en cara cuanta inmundicia se haya podido imaginar, mientras que nosotros acabamos de llegar a un verdadero acercamiento para el futuro!, algo que a los dos nos satisface... **(Febril)**. Sí, si; me voy con energías nuevas en el corazón. Ha estado bien... muy bien.

ARMAURY.—**(Echase a llorar y corre hacia ella)**. ¡Fanny! ¡Fanny! ¡Oh! ¡No puedo más... me ahogo...!

FANNY.—**(Interrumpiéndolo y esquivándose)**. ¡No, eso no! Ni un gesto, mi amigo; ni un movimiento hacia mí! Sé que ardes en el deseo de estrecharme entre tus brazos, lo veo, estoy segura... pero no, no lo hagas por favor. ¡Nada de desatinos! Separémonos en medio de esta especie de luz que nos rodea y no agregues ni una sola palabra, porque estaría de más. Asi no dejamos ni el más leve indicio de rencor. Ahora voy a ser fuerte, Marcelo. Con esa pequeña esperanza, esa promesa, voy a tener un valor... ya verás. **(Se dirije vivamente hacia una campanilla que hay en la pared)**.

ARMAURY.—¿Qué haces?

FANNY.—Voy a llambra al padre y a Gastón. Están ahí. Le diré que te has marchado. Vete por este corredor; no te encontrarán. Yo me encargo de arreglarlo todo; pondré las cosas en su lugar. Ya puedes irte sin temor... **(Levanta la cabeza enérgicamente. Sonríe y tiene los ojos llenos de lágrimas)**. Hasta pronto Marcelo... hasta otro día. Por lejos que esté... cuando tu quieras, ya sabes, me encontrarás dispuesta! Vete amigo mío... ¡Vete! **(Enseguida, sin mirarlo, transfigurada por el esfuerzo, queda con los brazos tendidos. Hay en ella desesperación y magnificencia. El sale bruscamente casi corriendo. Cuando queda sola poco a poco sus facciones se normalizan y recupera su gesto de tristeza)**.

LA CRIADA.—¿Qué desea la señora?

FANNY.—Quiere Vd. llamar a las dos personas que esperan en el saloncito. Dígales que vengan... que los esperan. **(Queda sola tratando de dominarse)**.

ESCENA V

FANNY, AMADEO de CHARANCE y GASTON

DE CHARANCE.—**(Entrando con su hijo)**. ¿Se ha marchado?

FANNY.—**(Procurando hablar naturalmente)**. Sí, acaba de marcharse...

DE CHARANCE.—Entonces... entonces no hay nada que hacer.

DE CHARANCE.—¡Oh! ¿Vd. lo cree así?

GASTON.—¿Y qué ha pasado? Cuéntenos Vd.... ¿Ha hablado de nosotros... le ha dicho... ha hablado Vd. en nuestro nombre?

FANNY.—¿Sí he hablado de Vds.? ¡Como no?No he hecho otra cosa. Pero él dice que todo le es indiferente y además que está dispuesto a no batirse.

GASTON.—¡Ah ha?

FANNY.—Que está dispuesto a despreciar toda agresión o provocación... ¡Así! De modo que habiendo visto ya lo que deseábamos ver, no nos queda otra cosa que regresar a París y lo mas pronto posible.

DE CHARANCE.—Regresar... ¿Pero, realmente, esa es su opinión?

FANNY ¿Y qué otra cosa quiere Vd. que hagamos? Acabamos de agotar el último recurso y estamos haciendo un triste papel. ¡Esto parece una boda de comedia! Ve Vd. ese cortejo siguiendo a ese hombre y a esa mujer...? Amigos míos, es forzoso que cada uno se vuelva a su casa adoptando el partido de lo que no tiene remedio y procurando que no se le tome de hazme reir.

DE CHARANCE.—No creo señora que pueda provocar risa un padre que se defiende desesperadamente y que se defenderá con todas las fuerzas de su indignación! Vd. se resigna muy fácilmente y además de su lado no hay más que Vd., es menor el desastre mientras que del nuestro...

GASTON.—Señora...

DE CHARANCE.—**(Imponiéndole silencio)**. Un momento, Gastón. Noto en la señora, al aconsejarnos resignacion, una sangre fría que no tenía ayer y que...

FANNY.—No la tenía ayer porque no estaba perdida. Ahora acabo de tropezar con lo irreparable.

DE CHARANCE.—Precisamente, señora es ahí a donde quería llegar. No tengo más que una idea; hacer que nuestro honor se manche lo menos posible. Para eso voy a proponerle una solución legal, amigable...

FANNY.—No comprendo... ¿Qué quiere Vd. decir?

DE CHARANCE.— Es sencillísimo. Ya que Vd. abandona por completo la partida a toda esperanza... divorciese! A pesar de nuestra indignación consentiríamos en el casamiento de ese hombre con mi hija con tal de ver salvado su honor y el de nuestra casa. Así sólo sería una media vergüenza.

GASTON.—Mi padre tiene razón.

FANNY.—¡Tiene Vd. muy raras ocurrencias! ¡Sí, pues, que se case... y yo quede sumida en la desesperación!

GASTON.—¿Pero señora, no es que Vd. hace un rato hablaba de renunciar...?

FANNY.—Renunciar, sí, pero divorciarme, en beneficio de ella..... ¡Ah, eso no! ¡Ni lo piense! Es cosa que se lee en los folletines pero que no se hace. ¡Sacrificarme por la felicidad de quien me la ha robado!

DE CHARANCE.—¡Oh! Felicidad...

FANNY.—Llegar hasta esa abnegación sería estúpido. No hay tan grandes sublimades en mi corazón! ¡Dolor, resignación, sea! ¡Pero no pasemos de ahí!

DE CHARANCE.—No quiero insistir. ¡Lancé la idea como última tabla de salvación... a la ventura!

GASTON.—**(Insistiendo)**. Sin embargo, papá, todo estaría en que nosotros.

FANNY.—¡Jamás! ¡Jamás! ¿Lo oye Vd.? ¡Cuando yo digo algo sé sostenerlo, jovencito!

GASTON.—**(Levantándose indignado)**. De modo que no hay reparación posible... que no hay duelo, nada... Perfectamente. Se lo que debo hacer!

FANNY.—¿Qué?

GASTON.—Ya que ese cobarde rechaza mis padrinos, elude entrevistas, llorisquea y se alberga en las últimas de las bajezas, te juro padre que algo haré. ¡Tendremos reparación y nuestro honor será vengado!

FANNY.—¿Qué acaba Vd. de decir? A ver, repítalo, repítalo!

DE CHARANCE.—Vamos, Gastón, cálmate. Ya nada tenemos que hacer aquí. Ponte el sombrero y vámonos.

FANNY.—¡Oh! ¡¡No crean que voy a dejarlos marchar así! Ha habido una palabra imprudente que exije explicaciones.

DE CHARANCE.—**(Irónico)**. Está defendiéndolo, señora, con un entusiasmo...

GASTON.—Yo no he dicho lo que pienso hacer.

FANNY.—No, no lo ha dicho; ¡lo ha gritado! Yademás lo conozco bien, es Vd. un cabeza loca... capaz de cualquier barbaridad. Se enfurece, pierde el juicio... Vamos señor, Vd. que invita a su hijo a la calma, diga que le impedirá hacer locuras. Ya ha tenido por él más de un trastorno, esa historia del Joskey Club, por ejemplo, cuando le arrancaron un jugador medio extrangulado...

GASTON.—Señora, Vd. no sabe lo que dice. Aquí no se trata de insignificancias. ¡Aquí se trata de un escarmiento!

DE CHARANCE.—Mi hijo tiene, como su padre, muy profundamente arraigados los sentimientos de honor.

FANNY.—¡Oh! ¡Ya es suficiente! Vuestro honor, vuestro honor! Y su falta... su crimen! Siempre mi marido y nada más que él. Pero hablemos un poco de ella; ya es tiempo! Estamos llorando frente a la virginidad perdida como si se tratara de un duelo Nacional. Por joven que sea no se mancha a una mujer sin su consentimiento!

DE CHARANCE.—Señora no puedo permitir que Vd. se exprese en esos términos.

GASTON.—Mi hermana era la más respetable y la más respetada de las jóvenes.

FANNY.—Esas son palabras, nada más que palabras. Respetable, la más respetable, pero yo misma la he visto en Dinard y en París y en todas partes arrimándosele del modo más escandaloso!

DE CHARANCE.—Señora, una vez más le digo que no toleraré ese lenguaje.

FANNY.—¡Oh! Que lo tolere o no lo tolere no es igual. Estoy diciendo verdades que ya no transijen con el silencio. Acuérdese Vd. de aquellas hermosas cartitas! ¡Una inocente! Sí, muy buena, pero no ha hecho más que buscarlo en toda forma. Al fin y al cabo, quizá el único tonto de esta historia sea mi marido. Ella lo ha hecho todo, ella nos ha traído la desgracia de todos y me piden aún el divorcio para hacerle el gusto!...

DE CHARANCE.—Nada he pedido, señora; tergiversa Vd. el sentido de mis palabras. Pero de cualquier manera. Le prohibo emitir juicios sobre mi familia.

FANNY.—Su familia. ¡Siento en el alma haberla conocido! Seríamos tan felices hoy... ¡Su familia!

DE CHARANCE.—Creí, señora que habíamos venido amistosamente los tres...

GASTON.—Se deja dominar por la cólera y no sabe lo que dice.

FANNY.—Eso también; ¡hablemos un poco de esa amistad! Tengo aún en los oídos el tono insultante de sus palabras al anunciarme un desastre que, por la brutalidad del anuncio hubiérase dicho extraño al suyo. Vd. ha querido humillarme; ha estado humillándome durante todo el viaje, haciéndome sangrar el corazón. Y ahora que ve la ruína de mi dicha ve a encarnizarse con ella!

DE CHARANCE.—Vamos Gastón; ya nada tenemos que hacer aquí.

GASTON.—Si papá. Ya se lo que debo hacer.

FANNY.—Sí váyase, váyase... ¡váyase toda la familia! ¡Vayan!... Pero a Vd. ,a Vd. jovencito, no se le ocurra tocarle ni uno solo de sus cabellos porque tendrá que vérselas conmigo!

GASTON.—¡Yo sé gobernarme, señora!

DE CHARANCE.—**(Arrastrándolo)**. ¡Vamos, Gastón, vamos!

FANNY.—Bien; haga la prueba, anímese?

GASTON.—No acostumbro a recibir órdenes.

FANNY.—**(Desde la puerta)**. ¡Ni uno solo de sus cabellos... ¡Ni uno solo!... **(Desde la puerta, enloquecida, los amenaza. Luego como si hubiera alguien en la habitación se vuelve asustada de sus propias palabras y continúa hablando con los brazos extendidos hacia la otra puerta en voz alta y con desesperación)**. ¡Marcelo! ¡Si me oyeras Marcelo! ¡Si oyeras lo que acabo de decir!...

(SE arroja sobre el canapé).

TELON

ACTO IV

En el savoy Hotel. Pequeño salón que se comunisca con una pieza por medio de una puerta a la derecha. Puerta de entrada a la izquierda. Se ve el cuarto de baño al fondo. Chaise longe en el centro del saloncito. Al levantarse el telón una sirvienta prepara el baño; se oye el ruído de los grifos.

ESCENA I

MARCELO, DIANA y la SIRVIENTA.

SIRVIENTA.—Ya está, señora, Desea el agua muy caliente?

DIANA.—No.

SIRVIENTA.—Entonces creo que la encontrará a su gusto.

DIANA.—Espero que no se habrá olvidado de la lamparilla, como anoche. Me ví obligada a dejar la luz eléctrica.

SIRRVIENTA.—Ya la he preparado. Está ahí... ¿Dónde desea que la coloque?

No sé... no estoy bien orientada todavía. Yo voy a colocarla; déjela.

SIRVIENTA.—¿Desea que le quite el batón, señora?

DIANA.—No, gracias; voy a bañarme sola. Puede ir a acostarse, que es tardísimo.

SIRVIENTA.—**(Va a la puerta de la izquierda)**. Aquí están las mariposas, señora. **(Coloca una cajita de mariposas a los pies de Diana que está tendida en el chaise-longue. Yéndose)**. Hay que dejar esas flores o las llevo al corredor? **(Señala una cantidad de hortensias azules disiminadas en la pieza)**.

DIANA.—No molestan. Déjelas. Son hortensias.

SIRVIENTA.—Buenas noches señor... Buenas noches señora... **(Sale)**.

ESCENA II

DIANA, ARMAURY.

DIANA.—**(Se acerca a Marcelo y lo abraza cariñosamente)**. Tienes mal semblante... estás pálido. ¡Cómo te contrarías querido! Has visto cuantos dolores de cabeza te doy? **(Le besa las manos)**.

ARMAURY.—**(Le toma las manos suavemente)**. ¿Por qué me dices eso! Son obstáculos que forzosamente debíamos encontrar... Ya los evitaré.

DIANA.—¿Qué hora es?

ARMAURY.—**(Sacando el reloj)**. Las doce y media... no; la una. ¿Tomas el baño?

DIANA.—Ya voy.

ARMAURY.—¿No te molesta que fume?

DIANA.—Al contrario...

(Silencio).

ARMAURY.—Mañana por la mañana... es decir, luego, iré a casa del abogado inglés para que me explique el alcance de nuestros derechos y los...

DIANA.—**(Interrumpiéndolo)**. ¡No, no, no quiero! De ningún modo. No quiero que salgas mañana; tengo miedo. Prométeme que pasarás aquí todo el día.

ARMAURY.—¡Pero, loquilla, si no hay nada que temer! Puedo salir a las 6 de la mañana; y volver a las diez,..

DIANA.—No; hazme el gusto querido. Obedéceme... Sí; tengo miedo de Gastón.... ¿Para qué tanto apuro? Nos servirán aquí, de modo que ni siquiera tendrás que bajar al restaurant. ¿Es que no estás bien en mis brazos? **(Le pasa los brazos por el cuello)**. Y pensar que sólo por estos brazos pasas tan malos momentos! ¿Verdad que los quieres?

ARMAURY.—¡Sí los quiero!... Este cuerpo, esta carne flor, es toda mi recompensa: no deseo más. Con tu alegre impudor, Dianita, con esta especie de candor infantil...! **(La pone sobre sus rodillas)**. ¡Qué amor tan tierno, tan fresco! ¡Qué amiguita tan joven!... Si vieras Diana; tengo tanto miedo de desilucionarte... Quizá te hayas formado una falsa idea del amor.

DIANA.—¡Oh no, mi pobre Marcelo! ¡El amor...! No esperaba tanto del amor. Es un prodigio. Parece que me hubiera lanzado a navegar en un arroyo y me hubiese encontrado de pronto en un océano.

ARMAURY.—Sí, ¿pero acaso la palabra no puede ser mjs grande que el objeto, queridita? El esplendor de esas palabras viene a ocultar el desastre asi como el toque de clarín, lejos de hablarno de derrota, nos trae ideas de victoria.

DIANA.—¡Pero somos pobres enamorados, mi querido Marcelo! No nos harán daño y acabaremos por vencer.

ARMAURY.—Síí, sí; hay que vencer. ¡Sería estúpido! ¡Ah! ¡ya verán! Dentro de dos días nos marchamos a Escocia o a Liverpool. Es bonito Liverpool.

DIANA.—Para qué cambiar si van a seguirnos y van a dar con nosotros aquí como en cualquier otra parte? En este hotel creo que estamos perfectamente; tenemos una tapicería azul muy bonita, estás tú, estoy yo... ¡Lo único que deseo es que esto no dure poco tiempo...!

ARMAURY.—No hables así Dianita; no me gusta, y menos con esa sonrisa de tristeza...

DIANA.—¡Qué ocurrencia! Te contradices Marcelo. Fíjate, mírame bien a los ojos... ¿Ves que no estoy triste? ¡Si soy feliz! Estoy contenta, estoy radiante, marcelo! Mírame, que no vas a encontrar ni una lágrima. No puedes encontrar en mí nada más que una gratitud infinita por tu abnegación y una dicha inmensa. Esto, naturalmente, no impide que reconozca en medio de sonrisas lo malo de nuestra situación... No soy yo quien está triste; eres tu, Marcelo. Ya te lo haré observar.

ARMAURY.—¡Haces que me encoja de hombros! Tengo tanta confianza en nuestro porvenir que ni siquiera dudo un solo momento.

DIANA.—Entonces ¿a qué viene era cara? Te veo en la frente cuatro arruguitas muy significativas.

ARMAURY.—Eso nada tiene que ver. Estoy contrariado, pero por una cosa de mayor gravedad. Figúrate que ayer el portero me tomó por tu padre.

DIANA.—¿Y te disgusta? Es que estamos en Inglaterra; cuestión de pudor...

ARMAURY.—¿Lo crees? Prefiero suponer lo mismo.

DIANA.—Son preocupaciones de la una de la mañana. Voy corriendo a tomar mi baño y enseguida ¡a dormir! Marcelo, recién estamos en nuestra octava noche!

ARMAURY.—Apúrate; no hay que desperdiciarla. **(Va al cuarto de baño. Se oye abrir los grifos. Canta. Durante ese tiempo Marcelo se apoya en la mesa, toma un cigarrillo y esconde la cabeza entre las manos. Se ve a Diana echar unas ojeadas mientras continúa cantando. Luego se acerca muy despacio por atrás de Marcelo)**.

DIANA.—¿Sufres?

ARMAURY.—No: absolutamente.

DIANA.—**(Apoyando una rodilla en la chaise-longue)**. ¿No te ha apenado la entrevista con tu mujer? ¿Me lo juras?

ARMAURY.—¡Oh! ¡Te lo juro! No hay más que una Dianita sobre la tierra... Te quiero; eres única... Y quiero tu felicidad con un ardor, con una rabia, que va a hacerme gruñón e imposible para el resto del mundo!

DIANA.—¡Muy bien!

ARMAURY.—Dime Dianita: ¿tu me querrás siempre? ¿No te alejarás de mí?

DIANA.—¡Nunca, queridito, nunca!

ARMAURY.—¿Qué sabe uno con estas criaturas!... Porque tú eres una criatura! Yo renuncio a todo por tí; no me importa, pero siempre que pueda contar contigo.

DIANA.—¿Y todavía dudas?

ARMAURY.—Porque la juventud es una perpétua mentira... Los niños mienten y a veces ni siquiera saben que mienten. La seducción... la sinceridad... ¡ilusiones!

DIANA.—¿Ves como, en el fondo, me tienes antipatía?

ARMAURY.—NO tontuela. Estoy hablando en pleno furor egoista. Ni me importa de mi dolor, ni del de mis enemigos. Un fuego de paja, un fuego de alegría... de alegría!... ¿Qué es eso?... Lloras Dianita? He cometido el crimen de hacerte llorar!

DIANA.—No, querido, no.

ARMAURY.—¡Ah! Son grandes emociones para tí y grandes complicaciones también, Dianita... Soy un imbécil; me haría falta mayor simplicidad. Dime porque lloras... habla... ¿Qué tienes?

DIANA.—Querido, pordóname.

ARMAURY.—Habías dicho: "No vas a encontrar ni una lágrima... ni una lágrima".
DIANA.—¡Oh! ¡No son lágrimas!
ARMAURY.—Pero te verías en apuros para decir que son. **(Se arrodilla)**. ¡No tengas miedo, amorcito, no tengas malos pensamientos!
DIANA.—No, si no los tengo... Es ese loco de Gaston...
ARMAURY.—No hay peligro.
DIANA.—Y además, yo también quisiera no disgustarte. Si fuera nada más que por mí, no tendría miedo! Mira: cuando creí que todo había terminado, cuando decidieron mandarme al convento, estaba decidida a morir! Una de esas ocho noches, me acuerdo muy bien, había en el toilette que se comunica con mi pieza una bujía..., porque nunca he podido dormir sin luz... **(Interrumpiéndose)**. A propósito, ¿dónde está la lamparilla?
ARMAURY.—Ahí, arriba de la chimenea ¿Qué ibas a contarme, nena?
DIANA.—Decía que una noche, al deshacer estos cabellos que me habían querido cortar, las acerque a la llama. Mira: los balanceaba así... y me decía "anímate Dianita". No me producía horror la idea de morir quemada. Una puntilla tomó fuego y en un movimiento instintivo la apagué... pero, realmente, faltó muy poco...
ARMAURY.—**(Tomándole la mano)**. Es el anonadamiento del amor: ese deseo de anonadamiento al que es preciso oponer la voluntad. Luego, ni tienes veinte años siquiera... Sólo los viejos tienen miedo de morir. A la juventud, la vida le importa poco. Ahí tienes a tu hermano, no más, que, sin ser loco, repite a cada momento: "Hacerse quemar los sesos en Africa". En amor, la contrariedad más insignificante subleva el espíritu! La vida es despreciada porque no se conoce su valor. Después, ya verás, se aprecia hasta el valor de los minutos. Parece que nos los robaran.
DIANA.—**(Levantándose)**. No es cuestión de edad. Si uno a los veinte años ha conocido cuanto de más hermoso hay en la existencia, el resto no vale la pena... **(Toma la lamparilla)**. "Si han quemado todo el aceite", como decía el abate Roux, la víspera de nuestra fuga...
ARMAURY.—¿Qué?
DIANA.—Sí: me citaba la parábola de las diez vírgenes... ¿sabes? la párabola del Evangelio... **(Raspa un fósforo)**.
ARMAURY.—¡Oh! El Evangelio y yo...
DIANA.—Sí, mira: **(Busca en su memoria)**. Las vírgenes locas, por haber quemado imprudentemente todo el aceite de sus lámparas no pueden ver al esposo ni pueden entrar a las bodas... **(Encendiendo la lamparilla)**. Y luego concluye con una frase terrible: "Velad pues, porque no sabeis el día ni la hora..." **(Apaga el fósforo). Silencio)**.
ARMAURY.—**(Riendo)**. ¡Qué conversación tan voluptuosa! Si no fuera tan tarde, haría que nos subieran una cena con bebidas excitantes. **(La abraza y la retiene apretándola)**. Vamos, mi queridísima beldad, puedes tener confianza en mí... soy un guardián robusto y atento... **(Golpean la puerta)**.
DIANA.—¡Cómo! A estas horas... ¿Quién será?
ARMAURY.—Voy a ver **(Va a la puerta a pesar de que ella trata de detenerlo)**. ¿Quién es?
EL PORTERO.—**(A través de la puerta)**. Una carta.
ARMAURY.—¿Cartas a la una de la mañana? **(Abrey entra el portero entregándole una carta)**. ¿De parte de quien?
EL PORTERO.—Una señora. **(Marcelo abre la puerta y lee en voz baja)**.
¿Qué es, querido?
ARMAURY.—Un momentito... **(Dirigiéndose al portero)**. ¿Quiere hacerme el bien de esperar la contestación en el corredor?
EL PORTERO.—Muy bien, señor. **(Sale. Marcelo cierra la puerta)**.
DIANA.—¿Es algo grave?
ARMAURY.—**(Leyendo en voz alta)**. "Tengo necesidad de hablar contigo inmediatamente. Te amenaza un gran peligro...
DIANA.—¡Es de ella...!
ARMAURY.—**(Continuando la lectura)**. "Te ruego que no salgas de tus habitaciones, que no cruces el corredor. Recíbeme un segundo, nada más que un segundo; deseo que estés al corriente... No veas en esta carta malas intenciones. Es muy grave..." **(Le da la carta)**.
DIANA.—"Es muy grave"... Ya ves mis presentimientos... ¡Un peligro! Para que ella escriba así, tu vida debe estar en juego. Por algo yo no quería dejarte salir... Recíbela pronto Marcelo; voy a mi habitación.
ARMAURY.—¡Pero no, hija mía!¿Para qué recibirla si todo se reduce a una simple aprensión de mujer? No tengas miedo.
Diana.—¡Oh! Las mujeres tienen una intuición del peligro, como nunca

se ve en los hombres... **(Vuelve a tomar la carta)**. No hay más que ver la letra de esta carta. Recíbela, hazme el favor... te lo suplico...

ARMAURY.—Bien, pero la recibiré abajo.

DIANA.—**(Corriendo hacia él)**;. Eso no! No saldrás de aquí... ¡No, no! Lo que te pide tu mujer es perfectamente legítimo. Dos esposos como ustedes están destinados a encontrarse, fatalmente; bien lo sé. Lo esencial para mí es tener seguridades de tu voluntad y las tengo. Hay un peligro: es preciso conjurarlo a cualquier precio. ¡Creo que ha hecho muy bien en venir! No interpongas el amor propio ahora, Marcelo. **(Abre la puerta)**. Diga a esa señora que puede pasar; que la esperan... **(Vuelve a cerrar la puerta)**.

ARMAURY.—Bien hijita... ahora mírame sonreir... Somos mucho más fuertes y más astutos de lo que ellos creen. Todo eso no es más que palabras, amenazas y niñerías, Dianita.

DIANA.—¡Oh, qué inquietud! ¡Yo no vivo, Marcelo! **(Suspira)**. Te dejo solo. Voy a acostarme y a esperar. No quiero ni oir la conversación, no quiero hacer conjeturas, no quiero pensar, nada, nada...

ARMAURY.—Será cosa de un momento.

DIANA.—Pero cuidado ¿eh? ¡Cuidado con las imprudencias! Ustedes los hombres hacen cuestión de amor propio en cualquier tontería. Prométeme que procederás de acuerdo con lo que ella te indique; que no saldrás de aquí.

ARMAURY.—Te lo juro, pero con la condición de que no me hagas esos gestos! Ten confianza en mí.

DIANA.—**(Tomo la lamparilla de la mesa)**. ¡Oh! ¡La lamparilla, Marcelo!... **(En ese momento golpean a la puerta)**. ¿Ya? ¿Cómo ha podido subir con tanta rapidez?

ARMAURY.—**(Yendo a la puerta)**. Estaría en el corredor quizá...

DIANA.—No abras sin asegurarte de que es ella.

ARMAURY.—**(Acercándose a la puerta sin abrirla)**. ¿Quién es? **(Se oye una voz que dice: "Yo, Fanny"!)**. Bien. **(Va hacía Diana que tiene la lamparilla en la mano y la abraza pasionadamente besándola en la espalda desnuda)**.

DIANA.—¡Cuidado, Marcelo!

¿De qué?

DIANA.—**(Mostrándole la lamparilla)**. Tuve miedo. Creí que ibas a apagarla... **(Va hacía la puerta despacio llevando la lamparilla. Antes de desaparecer, mientras proteje la llama con la mano derecha, dice muy débilmente)**. ¡"Te quiero mucho"!... **(Desaparece. Enseguida, Marcelo echa una ojeada por la pieza, pone un poco de orden, cierra la cortina del cuarto de baño, va a la puerta y la abre)**.

ESCENA III

ARMAURY, FANNY

FANNY.—**(Entrando con la cabeza inclinada y cubierta con una mantilla)**. Te ruego que me perdones: era necesario porque tu vida está en peligro. ¡No vayas a salir al corredor!

ARMAURY.—¿Cómo estás aquí?

FANNY.—He alquilado una habitación en este mismo piso... por hoy no más.

ARMAURY.—No comprendo.... ¿para qué?

FANNY.—Desde ayer vigilo a Gastón de Charance. Tuve unas palabras con él en Greenwich y quedó exaltadísimo He vigilado hasta sus menores movimientos, lo he hecho seguir y he sabido que esta tarde a las 6 alquiló la pieza núm. 34.

ARMAURY.—¿La pieza 34?

FANNY.—Sí; a dos pasos de la tuya. Ya ves que con esa noticia no se podía titubear. Me he prometido pasar la noche aquí. Desde que estoy instalada en el hotel vigilo el corredor constantemente y lo he visto. Ha llegado hasta a tropezar conmigo, pero gracias a este velo no ha podido reconocerme. ¿Qué piensa hacer? Lo ignoro. Aparenta suma tranquilidad. Es un señor extranjero que se pasea vestido de smocking, que fuma, silva en la escalera.... ¡Abominable! Lo he visto y he pensado en la posibilidad de que tu abrieras la puerta. ¡Ah, Dios mío! Hay que preveerlo todo... todo! Tu vas a salir... naturalmente pensarás salir mañana... No debes hacerlo.

ARMAURY.—Mi querida Fanny, te doy las gracias, comprendo tus sentimientos, estoy conmovido, veo que todo lo que procede de tí es puro y delicadamente inspirado.... pero, hazme el favor: no te ocupes de estos asuntos que deben arreglarse entre hombres. Veo en tí una excitación nerviosa que es una nueva prueba de tu amor. **(Se repone vivamente)**. O por

lo menos de la afección que sientes por mí. Te agradezco Fanny, pero déjame solo en manos de la fatalidad.

FANNY.—¡Oh. no, Marcelo! no hagas apreciaciones; no quiero que apruebes ni desapruebes mi proceder. ¿Acaso yo misma lo comprendo? ¿Acaso sé como tengo valor para estar al lado de la habitación donde están ustedes? ¿Qué digo? ¡En la misma habitación!... He sido levantada, precipitada, por algo que es superior a mí. ¡Se trataba de tu vida, Marcelo! He visto una mano criminal... ¡Y he temblado de piés a cabeza! ¿Qué quieres? Me avergüenzo, pero no es posible la luchan contra el instinto. No permitiré que te maten! ¡Es el grito de la carne, es el grito de todo mi ser!

ARMAURY.—¡Me muestras el peligro! ¡Cuantas mujeres, Fanny, se hubieran sometido a la fatalidad como ante una sentencia del cielo! No eres de esas... pero te ruego que busques el valor necesario para no pensar en mí. Bajo tu protección me será indispensable la vergüenza. Acabas de decir "el grito de la carne". Acuérdate entonces de nuestras palabras de ayer, al decretar una separación forzosa que terminaría quizás alguna vez con la vuelta deseada y posible...

FANNY.—**(Con un gesto de desesperación)**. ¡Eso se dice muy fácilmente! Se puede declarar que un amor está destruído, se puede decir muchas cosas muchas, pero no se puede obtener la separación de la carne con igual facilidad! ¡Nuestro amor ha muerto, así de un solo golpe como se corta la cabeza de un animal... pero mira, fíjate; están saltando los restos, la carne se mueve aún!... No, no, el amor no muere enseguida, Marcelo. Espera aún, espera un poco más. Piensa que obedezco a algo involuntario... Y por último, no tengo intención de molestarte. Velaré toda la noche, a ratos, en mi pieza, a ratos en el corredor y mañana me entrevistaré con ese joven; te juro que sabré mandarlo a París y a su Saint Cyr! Por ahora no se trata más que de parar el golpe. **(Desde hace unos instantes juega con un pinche de Diana que inadvertidamente ha tomado deuna almohadilla. Silencio)**. ¿Quieres darme un poco de agua?... Tengo sed.

ARMAURY.—Si. **(Va a la mesa, trae un vaso de agua y mientras Fanny bebe él hace desaparecer un batón de Diana que estaba en el suelo arrojándolo con habilidad al cuarto de baño)**.

FANNY.—**(Advirtiendo la maniobra)**. ¡Oh, no te molestes! Desde que estoy aquí no he mirado más que la alfombra... Ni noto siquiera este perfume de verbena que llena la habitación y que debe ser el suyo...

ARMAURY.—**(Resueltamente y como fastidiado)**. Sin embargo es por eso mismo que me agradaría verte regresar a tu habitación. Nada más que por ti..: cuestión de decencia...

FANNY.—¿Decencia has dicho? **(Mira, deja el vaso)**.

ARMAURY.—Tienes sueño... estás cansada...

FANNY.—Sí, sí; ya me voy. Pero llevo la promesa de que no saldrás de aquí hasta mañana después de las 12 ¿verdad?

ARMAURY.—No me animo a prometer una cobardía.

FANNY.—¡Por favor, dejemos las definiciones a un lado! ¡Prométeme! **(Movimiento de Marcelo)**. Es lo único que pido.

ARMAURY.—Como tu quieras.

FANNY.—**(Se levanta)**. ¡Bien! Te pondré al corriente de todo lo que ocurra, por carta o en una segunda entrevista.

ARMAURY.—Perfectamente. Quédate en tu pieza, Fanny. Duerme tranquila.

FANNY.—**(Se retira con paso lento)**. ¡Dormir!... **(Entreabre la puerta y vuelve a cerrarla enseguida)**. Sería necesario salir de aquí electrizada, extinguida... Voy a escurrirme por el corredor; es preciso que no nos encontremos. Aunque quizá se haya acostado. Lo habrá dejado para mañana a primera hora.

ARMAURY.—Has exagerado mucho en tu solicitud, Fanny. Piensa que en el hotel no son posibles los escándalos de ese género. Además, es un niño!

FANNY.—¡Los niños! ¡Vaya uno a saber hasta donde llegan con sus resoluciones! A veces valen tanto como las nuestras y más aun... Apaga. ¿Quieres? Apaga la luz eléctrica. **(Marcelo apaga y no queda más que una pequeña lámpara encendida. Fanny abre la puerta del corredor. Es una puerta doble como las de los hoteles modernos; la que da al corredor es de madera y la que da al interior de la pieza es tapizada, sin picaportes y con goznes que la mantienen siempre cerrada. Ha abierto la de madera y sostiene una hoja dela otra. Se ve la claridad del corredor. Avanza en punta de piés cubierta con el velo. Escucha Luego, en voz baja)**. ¡Caminan en el corredor! **(Se echa para atrás y suelta la puerta que inmediamente se cierra)**. Está ahí... no hay duda de que está ahí. **(Retrocede hasta donde se halla Marcelo)**. ¡Oh! ¡Qué tonta he sido! No debí haber abierto esa puerta Si es que está vigilando lo va a notar...

ARMAURY.—Tranquilízate, Fanny: debe ser alguna persona del servicio...

FANNY.—Te digo que es él... que está ahí... Y esta maldita puerta que ha hecho ruído! ¡Será preciso que no salga todavía... no puedo salir!

ARMAURY.—Espera entonces... Quédate aquí todo el tiempo que quieras.

FANNY.—Bien; déjame sola. Vete a tu habitación. **(El da algunos pasos hacía el dormitorio)**. ¡Oye!... Golpean la puerta... ¿No te lo decía yo?... ¡¡Ah! ¡El pillo!... **(Se siente un ruído muy suave como si empujaran la puerta. Marcelo hace un movimiento como para ir a cerrarla. Ella lo detiene)**.

ARMAURY.—Déjame cerrar la puerta.

FANNY.—**(En voz baja)**. ¡No, no! ¡Debe venir a espiar, seguramente, pero déjalo; no se animará a entrar. ¡ Por último aunque entre! ¡Mejor! Se encontrará conmigo sola y quedará desarmado.

ARMAURY.—¡Eso no debe ser!

FANNY.—¡Pero yo lo exijo! Es el momento de la explicación. ¡Ah, canalla! ¡Entra, entra!... ¡Vete Marcelo, vete de aquí! **(Lo empuja llevándolo hacía el dormitorio. En la sombra cuchichean y disputan)**. Vete, es necesario... yo lo quiero! ¡Mejor si lo encuentro al salir; mucho mejor! Vete, Marcelo. Déjame marchar sola. **(Marcelo entra a la pieza de Diana. Fanny apaga precipitadamente la lamparilla y se esconde en el de entrada se abre muy despacio como empujada con grandes precauciones. Gastón de Charance entra con cautela asomando primero la cabeza para asegurarse de que nadie hay allí Da algunos pasos en punta del pié. Fanny hace girar la llave de la luz eléctrica y la habitación se ilumina de improvisto. Gastón, sobresaltado, da vuelta y ve a Fanny)**.

FANNY.—¡Sí! ¡Soy yo! No pensaba usted encontrarme...

GASTON.—En efecto...

FANNY.—Bien, señor mío; empiece usted por decirme con qué derecho ha entrado aquí, deslizándose como un ladrón... cual es ese designio cobarde y criminal que lo empuja... ¡Ah! Pero se ha encontrado conmigo. ¿Recuerda usted mi promesa? Soy depalabra. Confiese ahora que no me creía tan exacta.

GASTON.—¡Oh, sí! Veo que ese caballero ha puesto un excelente guardián en su puerta. Los proteje usted, ¿verdad?

FANNY.—¡Y usted me obliga a protejerlos! ¡Pero ni una palabra de doble sentido! Si he pasado por mi dignidad de esposa y de mujer, si hay motivos para que me ponga colorada, es por usted. ¡Usted tiene la culpa!! ¡Y lo odio también por eso... por esa humillación! Pero juré salirle al paso y aquí estoy. Contésteme. ¿Qué viene usted a hacer aquí? ¿Qué arma trae usted en el bolsillo?

GASTON.—Vengo a buscar a mi hermana y nada más.

FANNY.—¡Vamos, hombre! ¿Para eso viene usted a la una de la mañana y ha alquilado una habitación en el hotel?

GASTON.—Repito que vengo a llevármela. Quiero ver a ese cobarde que se esconde y que huye de mi recurriendo a la última de las bajezas!

FANNY.—¡Inmiscuirse en lo que le importa y nada más! Al fin de cuentas, no es usted más que el hermano.

GASTON.—Sí, señora, pero está en juego nuestro honor y hay más todavía: mi odio! ¡Usted no se imagina como lo odio! ¡No hay que ver solo el hecho de haber deshonrado una hija de familia; hay que ver la forma en que ha procedido! ¡Eso es imperdonable, abominable, y solo yo lo comprendo porque he sido el único testigo; un testigo ciego! ¡Lo odio, porque era nuestro amigo, mi amigo! Recibía todas mis confidencias de hombre joven, me tomaba del brazo con amabilidad... y por atrás hacía de las suyas. Ha llegado al colmo de la hipocresía. Hasta se ha ocupado de mis primeros amores, facilitándome entrevistas. Usted no lo conoce; no sabe de lo que es capaz; por eso lo defiende! Ya ve si tengo razones, pero, con todo, si nos devuelve la chica lo dejaré en paz.

FANNY.—Pues bien, si quiere ejecutar ese proyecto empiece por marcharse.

GASTON.—No.

FANNY.—Sí.

GASTON.—¡Cobarde!... ¡Cobarde! ¡De ha encargado que me saque de aquí... y allí está él, allí están los dos!... **(Gritando)**. ¡Cobarde! ¡Cobarde! ¡Salga de una vez! ¡No tenga miedo! ¡Ni siquiera voy a abofetearlo, porque el hombre que atemoriza mujeres para que lo escondan, no es digno ni de ser abofeteado! ¡Salga que tiene que oirme!... ¡Cobarde!... **(Se abre la puerta y entra Armaury)**. ¡Por fin!

ESCENA V

ARMAURY, FANNY, GASTON, luego DIANA

FANNY.—**(Un grito)**. ¡No salgas! ¡Cuidado!

ARMAURY.—¿Qué sucede? Me parece que hace usted mucho ruído, jovencito. **(Avanza de frente, con aire desdeñoso y las manos en los bolsillos. Diana lo sigue precipitadamente)**.

GASTON.—**(A Diana)**. ¡Ah! ¿Tu también? Vas a seguirme inmediatamente. Diana.

DIANA.—No tengo por qué obedecer tus órdenes.

GASTON.—Señor, le suplico que me la entregue.

ARMAURY.—Cuando estemos solos le daré todas las explicaciones que usted quiera. Aquí, en presencia de estas dos mujeres, no.

GASTON.—¡Oh! Ya no se trata de explicaciones. Por última vez: ¿Quiere usted dejar salir a mi hermana?

ARMAURY.—**(Con aplomo)**. Ella acaba de contestarle por mí.

GASTON.—Entonces exijo una satisfacción: ¿siempre se niega usted a batirse?

ARMAURY.—**(Alzando los hombros)**. ¡Absolutamente! ¡Me niego!

GASTON.—Pues bien; usted lo ha querido... **(Saca rápidamente del bolsillo del smocking un revólver. Las dos mujeres lanzan un grito y corren una por cada lado delante de Armaury cubriéndolo con sus cuerpos Gastón baja el revólver en un estallido de risa y de rabia)**. ¡Admirable! ¡Las dos! ¡Las dos ante su pecho! ¡Van a encontrarse ahí!

ARMAURY.—**(Apartando enérgicamente a las dos mujeres y presentándosele frente a frente)**. ¡No blasfeme, señor! La actitud de estas mujeres es muy superior a la suya!

DIANA.—**(Gritando e interponiéndose)**. ¡Gastón! ¿Quieres terminar? ¡Basta ya, Gastón! Deja ese revólver... Cuando lo hayas dejado hablaré. **(Señala una mesa en el fondo)**. ¡Sobre ese mueble... ahí... quiero hablar... que me escuchen!

GASTON.—**(Después de titubear)**. ¡Sea! Obedezco... **(Deja el arma pero permanece a corta distancia para que no se apoderen de ella)**.

DIANA.—**(Procurando alejarlo de allí)**. Ven por aquí lejos de la mesa....

GSATON.—¿Qué vas a decirme? ¿Qué estás decidida a volver a casa?

DIANA.—Quiero decirte que eres abominable... que no sé cómo califiecar tu conducta!

GASTON.—Y yo no sé cómo calificar la tuya.

DIANA.—¡Que un hermano y una hermana lleguen a estos extremos!

GASTON.—**(En voz alta, rehusando el aparte)**. No debo hablar contigo, Diana, es con tu amante. Que te deje marchar y abandonaré toda idea agresiva. Sino.......

ARMAURY.—**(Cruzando los brazos)**. Estoy a su disposición.

GASTON.—.......sino, puedes perder toda esperanza. No hay expresiones bastante enérgicas para significar el grado de mi decisión. He dejado el revólver y eso quiere decir que aplazo la sentencia, pero que la aplazo no más! Sea donde sea, mañana o cualquier otro dia, te aseguro que no le erraré.

ARMAURY.—**(Vuelve a encojerse de hombros)**. ¡Entiendo.... entendido!... Pero, ahora, fuera de aquí! **(Parece que va a lanzarse sobre Gastón dejando explotar toda su cólera contenida)**.

DIANA.—**(Fuera de si e indicando a Gastón)**. ¡Oh! ¡Lo hará! ¡No hay duda que lo hará! ¡Yo lo conozco! ¡Pero hay que impedirlo!

FANNY.—**(Que había permanecido inactiva en el fondo de la pieza)**. ¡No, no lo hará! ¡Y soy yo, la mujer, la esposa legítima quien lo asegura!

ARMAURY.—¡Fanny!... ¡Ah! ¡Tú no!... ¡Tú no!...

FANNY.—**(Adelantándose hacía Gastón)**. ¿Pero no ve usted que para que yo los perdone y para que en un momento como el actual me anime a decirle "déjelos" es preciso que tenga razón? No hay crímen de amor que deba ser castigado con la muerte. Usted no lo comprende porque es demasiado joven. ¡Vámonos, señor! ¡Vámonos de aquí para no volver! ¡Ante el amor, ante esa alcoba de amor, yo no ordeno; suplico! ¿Lo oye usted? ¡Suplico! ¿Hace falta más? ¿No basta que aun cuando lo haya querido en vano, busque a todo trance su salvación?... ¿Hace falta más? ¿Quiere usted que me ponga de rodillas? ¡Oh, sí! Lo haré... lo haré... **(Va hacía Gastón como para arrodillarse)**.

ARMAURY.—**(Precipitándose sobre ella para impedirlo)**. ¡Eso no, Fanny!

DIANA.—**(Lanzando un grito)**. ¡Ah, señora! !Usted me hace conocer los celos en esa sublimidad!... ¡Marcelo, no debiste dejar a tu mujer; es grande.... grande!... Tiene un valor que yo jamás tendría: el de re-

nunciar. ¡Y me avergüenzo comparándome con ella! Nada más que a su lado debieras haber vivido. ¡Te quiere! ¡Te quiere más que yo!... Señora, como la he hecho sufrir! ¡Ah! ¡Para llegar a semejante abnegación debe usted experimentar una embriaguez muy hermosa! Se la envidio.

GASTON.—**(Aprovechando ese momento para tomarla de la mano).** ¡Que te sirva de ejemplo, Diana! Elévate a su nivel.... piensa, raciocina, comprende.....

DIANA.—Puede ser, Gastón....

GASTON.—Ven entonces. Tu misma reconoces que debes hacerlo.

DIANA.—Sí... un momento todavía. Espera un poco, muy poco....

GASTON.—¡Que tengas un bello gesto, por fin!

DIANA.—Espera, Gastón... Haré lo posible......

ARMAURY.—**(Que había presenciado con los brazos cruzados, en actitud altiva).** Diana: ¿Qué significa eso que no he oído bien? ¿Ere tu quién habla de dejarme..... **(Se acerca, ansiosamente como para hablarle en voz baja).**

DIANA.—**(Vivamente)** ¡Qué quieres? Siempre pensé que esto iba a hacerse imposible.... Había demasiado amor y demasiado odio, para que no acabase mal. ¡Me ha vencido esa mujer! **(Dirigiéndose a Gastón).** Contéstame Gastón: ¿es cosa resuelta? ¿Lo que me has dicho es lo que piensas en realidad? ¿Sino te sigo, recurrirías a la venganza? Responde......

ARMAURY.—**(Asustado, a Diana).** ¡No lo creas! Son amenazas indignas de atención.

DIANA.—¡Oh! No discuto. No hago más que informarme. Una suma... un total...

GASTON.—**(Con energía, mirando fijamente a Armaury).** Nada, absolutamente nada podría hacerme cambiar de actitud. Se halla usted ante un dilema.....

ARMAURY.—**(En una explosión de ira).** ¡Oh! ¡Esto es demasiado! Fuera de aquí! ¡Fuera de aquí! ¡Salgamos usted y yo! !Sea lo que usted quiere, pero ni una palabra más en presencia de estas señoras! ¡Venga, venga! Tiene usted razón; que triunfe quien pueda. Basta de inercias... Me ahogo... ya no puedo más! ¡Salga de una vez! ¡Acabemos!

DIANA.—**(Se interpone y extiende un brazo hasta tocar con la punta de los dedos el pecho de Armaury).** ¡No, no!... ¡Cálmate, Marcelo! Tengo que pedirte una cosa, nada más; será lo último. **(Titubea. Luego con un esfuerzo inmenso entreabre sus labios temblorosos y habla).** Díme, Marcelo.... sin mentir.... sin mentir.... podrías declarar ahora.... aquí mismo, que a nadie.... pero a nadie, quieres como a mí? **(Calla y permanece de pie cibriéndose la cara con las dos manos y esperando la contestación. Hay un instante de general expectativa; un silencio de angustia y malestar. Gastón se ha acercado indignado por la pregunta y mira con lástima a la señora Armaury. Esta ni siquiera ha pestañado. Marcelo de codos en la chimenea demuestra una gran agitación interior).**

ARMAURY.—**(Repentinamente)** ¡Sí, ya comprendo! ¡Es muy cruel, pero deseas mi sanción definitiva ante las dos! **(Silencio).** ¡Oye la sanción! Con toda verdad, con toda franqueza, sin titubear, declaro que a nadie en el mundo quiero como a tí! ¡Hemos hecho de nuestras vidas una sola y delante de ellos, como ante la muerte misma puedo agregar: "Te guardo y por mi propia voluntad jamás te abandonaré!" **(Dice esto enfurecido, enérgico, como venciendo un obstáculo levantado ante él. Después sufre un decaimiento; parece anonadado por sus palabras. Mientras ha hablado la fisonomía de ambas mujeres han expresado sentimientos distintos: en Diana una dicha radiante y cada vez mayor; en Fanny, un dolor horrible Esta ha lanzado un suspiro y se ha levantado Vuelve a sentarse).**

DIANA.—¡Y has podido decir eso!... ¡Has podido declararlo ante tu mujer, en presencia de la que suplicaba hace un momento por tu vida! Me quieres en verdad! Después de oir esas palabras nada me resta, nada ambiciono. **(Se nota en ella una gran serenidad).** ¡Señora, no incline usted la cabeza! He sido muy cruel pero voy a devolvérselo... ¡Era para devolvérselo!... **(De pronto lanza un grito).** ¡Miren! ¡Miren allí... a esa puerta..... en esa habitación!

(Fanny, Gastón y Armaury se vuelven instintivamente y avanzan hacia la puerta que ha quedado abierta y que Diana señala con el dedo. Diana se acerca hábilmente a la mesa donde Gastón ha dejado el revólver).

GASTON.—¿Pero qué hay? ¿Qué has visto? ¿Estás loca?

DIANA.—¡No tan loca como tu crees, Gastón! Voy a ser cuerda... **(Toma el revólver bruscamente y lo esconde. Después se da vuelta que... Diana ya ha caído al suelo).**

ARMAURY.—¡¡¡Diana!!! ¿Qué has hecho, Diana? ¿Qué has hecho?

¡Oh! ¡No puede ser, no puede ser, mi nena, mi nenita querida!... ¿Dónde te has lastimado?... Díme... ¿Dónde, dónde? Contéstame... ¡Dios mío! ¡Oh! ¡Tiene sangre la bata!... ¡Socorro! **(Se ha arrojado sobre Diana, que se ahoga y tiene fuertes estremecimientos).**

GASTON.—Dianita... ¡Por Dios!!

ARMAURY.—¡Asesino!... ¡Salga de aquí, asesino! ¡Váyase si no quiere que lo mate... vaya a pedir socorro! ¡Llama, Fanny, por favor!! ¡Un médico... pronto!! **(Fanny entreabre la puerta y llama. Gastón se precipita afuera).** ¡Llama! ¡Apúrate! **(Fanny toca la campanilla. El toma en brazos a Diana y la coloca en el chaise longne).** ¡Oh Dianita... mi Dianita! **(A Fanny).** ¡Ayúdame... sí, la bata, arráncala! No... Espera que le haces daño! ¡Deja! ¡Deja! Mira la boca... ¡Mira! ¡Espuma con sangre!... ¡Es horrible! ¡Es horrible!... No se mueve... Pero no, no puede ser! ¡Yo no quiero, no quiero Dianita! Un momento no más... van a salvarte, querida... ya verás que es poca cosa. Oyeme nena; estoy aquí... te vamos a curar... después voy a besarte en la frente y en la boca... ya verás como seremos felices... **(La mira un momento en silencio. Diana está inmóvil. Como si comprendiera por fin que ha muerto se echa a llorar).** Era todo amor, todo dulzura y nos hemos unido cuatro para matarla: yo, con mi amor; tu, con tu piedad; él, con su odio!... **(Varios mozos del hotel, semidormidos, entran y se detienen con sorpresa).** ¡Entren! ¡Entren! ¡Es una criatura... una pobrecita!... **(La abraza llorando).**

TELON

IMP. VENEZUELA 1133